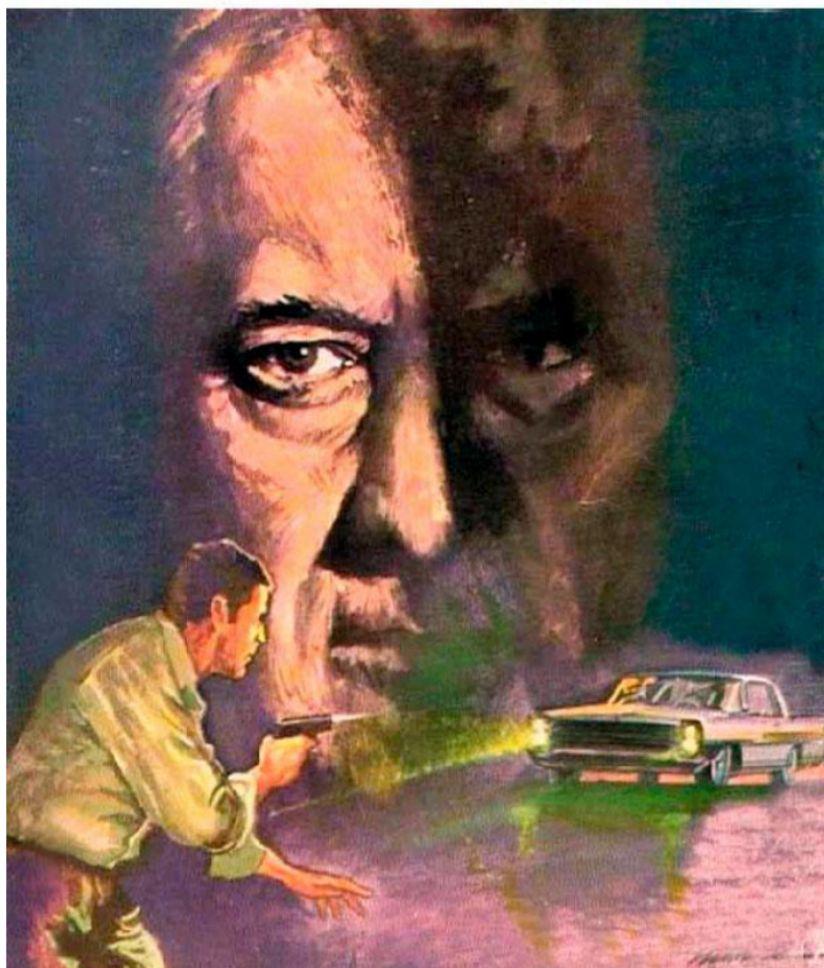


BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

la sombra del mal

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA SOMBRA DEL MAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 435

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES

CARACAS · MÉXICO · RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 24.375 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1970

© BURTON HARE, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.045. — El odio mata.

En Colección PUNTO ROJO:

406. — El diablo en el cuerpo.

En Colección ENVIADO SECRETO:

134. — La muerte de terciopelo.

CAPÍTULO PRIMERO

Era agradable volver a sentir un coche bajo mis manos. Durante años había saltado en el asiento de *jeeps* y coches oruga por terrenos infames hasta el agotamiento. Pero al fin las cosas volvían a ser como debían y el poderoso «Plymout» se deslizaba sobre la autopista como si volara encima de una nube.

Los haces brillantes de los faros barrían la noche y revelaban la espesa vegetación de los costados de la carretera, y las masas sólidas de los árboles que había más allá.

Hundí el acelerador hasta que el cuentamillas señaló noventa y osciló en busca de las cien. La sensación de poder que se desprendía del coche parecía contagiarse en mí, cuando de pronto ella salió al centro de la carretera procedente del muro de matorrales.

Fue como una visión fugaz. Un chispazo de vida en mitad de las luces, que me revelaron en fracciones de segundo que era una mujer y que agitaba los brazos como aspas de molino.

Aplasté el freno hasta el fondo. La diminuta figura envuelta en algo semejante a una bata larga se precipitó como un rayo hacia el radiador del coche... Giré el volante y peleé con él para esquivarla, mientras trozos de neumáticos quedaban sobre el asfalto con un agudo chillido.

Creo que pasé junto a ella a menos de una pulgada. El viento que levantaba el auto a aquella velocidad la impulsó hacia atrás y eso debió salvarla de morir hecha trizas bajo las ruedas.

Conseguí detener el pesado coche y me recosté contra el asiento, exhausto por el nerviosismo y la impresión sufrida. Pequeñas gotas de sudor helado se deslizaban por mi cuello produciéndome escalofríos.

Traté de razonar conmigo mismo, a pesar de las ansias que sentía de propinarle una buena tunda a la estúpida muchacha.

De repente se abrió la portezuela y ella se deslizó en el asiento con la misma suavidad de movimientos de un gato.

—Gracias —jadeó.

—¡Condenación! —estallé—. ¿De qué clase de manicomio escapó, maldita tonta? Ha estado a punto de ir a parar bajo mis ruedas.

—Oh, eso... Usted no se hubiera detenido si no le doy ese susto...

—Está loca.

—No, pero tengo miedo.

—¿Miedo? ¡Con un demonio! Estaba plantada ahí delante, viendo cómo el coche se le echaba encima y ni siquiera parpadeó.

—Olvídelo. Y vámonos de aquí. Siento mucho frío.

La indignación se agolpó en mi garganta y callé por temor a no poder controlarme. Puse otra vez en marcha el pesado vehículo y proseguí la carrera.

Ella mantuvo los labios apretados durante unos minutos. Después dijo:

—Yo me dirijo a San Francisco... ¿Llega usted hasta allí?

—Seguro.

Suspiró, relajándose.

—Estupendo.

No dijo nada más.

Traté de comprender a aquella cabeza loca. En mitad de la noche, en una carretera, envuelta en una bata y arriesgándose a morir bajo las ruedas de un coche, todo ello para llegar a San Francisco.

Comencé a pensar que quizá acababa de meterme en un lío. La miré de reojo, sólo para convencerme de que era una mujer muy bella, de unos veinticinco años. Bueno, por lo menos no podrían acusarme de seducir a una menor.

La idea no me gustó a pesar de todo.

—¿Cuál es su nombre? —indagué.

Titubeó visiblemente.

—Doll —susurró.

—¿Sólo eso?

—Es suficiente. Dígame cómo he de llamarle a usted.

—Donald Mackenzie. No hay misterios en mi nombre.

Ella calló y de nuevo pude conducir un par de millas en silencio. Luego, cuando aparecieron las luces de un pueblo a lo lejos, murmuró:

—No se detenga ahí, Donald...

—¿Por qué no? ¿Qué pueblo, es ése?

—Briansville..., pero me refiero a que no estoy muy presentable que digamos.

Le di un largo vistazo.

—Eso debió pensarlo antes de salir de casa a estas horas, Doll.

—No tuve mucho tiempo para pensar, usted sabe...

—¿Por qué?

—No quiero hablar de eso.

Atravesaron el dormido pueblo y ella no despegó los labios. La carretera serpenteaba entonces por la falda de las montañas, elevándose más y más.

Al tomar una curva vimos allá abajo, en un tramo de carretera que ya habíamos dejado atrás, los faros de otro coche que se encaramaba en nuestra misma dirección.

Doll mustió:

—¿No puede correr más, Donald?

—¿En estas curvas? No quiero despeñarme.

—Por favor...

La miré. Casi di un respingo al descubrir el pánico en sus grandes ojos azules.

No había duda que había auténtico terror en ellos, y de pronto se me ocurrió que antes no estaba allí...

—Entiendo —dije entre dientes—. Teme que la persigan, ¿no es cierto? Ese coche que hemos visto allá abajo ha despertado su terror.

—«Sé» que me perseguirán —susurró.

—¿Sí?

Asintió con un cabezazo, arrebujándose en la bata como si realmente sintiera frío a pesar de la templada temperatura de la noche de California.

—¿Por qué?

—No haga preguntas, por favor.

—¡Maldita sea! Estoy metido en esto, ¿lo ha olvidado? Por lo menos quiero saber de dónde van a llegarme los coscorriones si los

hay.

—No los habrá si acelera... no podrán alcanzar nunca este coche..., es más potente que el suyo.

—Pero, bueno, ¿quiénes la persiguen?

Sacudió la cabeza de un lado a otro y no replicó.

Estuve atento a los tramos de carretera que al elevarnos quedaban a la vista abajo y atrás. Los faros habían ganado terreno. Se encaramaban por la retorcida pista mucho más rápidos que nosotros.

—Está bien, Doll —dijo resueltamente—. O me dice quiénes vienen tras usted y por qué, o detengo el coche y espero que lleguen para averiguarlo.

—¡Oh, no, Donald... usted no hará eso!

—¿Por qué no? Creo que me he metido en un embrollo y eso no me gusta. Y menos a ciegas.

—Tiene usted miedo, ¿no es cierto?

Pensé sobre ello y descubrí que no era miedo precisamente... Por lo menos, no miedo a algo concreto.

—No lo sé, pero estoy intrigado... y alarmado.

—Me equivoqué con usted, Donald.

—¿Cómo que se equivocó?

—Le juzgué por su aspecto solamente...

Contuve un juramento porque nunca me han gustado los acertijos.

—Mire, niña, hable claro si es que tiene algo entre ceja y ceja. Pero sobre todo, hábleme de los que la siguen. ¿Quiénes son?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Luego murmuró como si se dirigiera a su imagen borrosa reflejada en el cristal:

—Tiene un aspecto tan rudo, tan fuerte como uno de esos luchadores que aparecen en el cine... y resulta, que tiene miedo...

—¿Qué infiernos está tratando de decir?

Me miró fijamente, con reproche en sus asustados ojos.

—Pensé que era un hombre muy valiente... tan valiente como fuerte y duro. Y ahora resulta que es un muchacho atemorizado por una sombra.

—Déjese de frases ridículas. ¿Por qué la persiguen?

No respondió. Su mirada iba de mí a la ventanilla, en busca de los brillantes faros que se encaramaban en la retorcida carretera.

—¿Qué quieren de usted? —insistí.

—Quieren matarme —musitó.

—Bueno, ahora dramas... Por favor, esto parece un serial.
¿Quiere hablar con sentido común?

Suspiró y recostó la cabeza en el asiento. Cuando la miré había cerrado los ojos y las lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas.

Era lo único que me faltaba.

Rezongué un par de maldiciones entre dientes. Sin moverse, sin abrir los ojos, murmuró:

—Sabía que no me creería..., es todo tan horrible que si sólo se tratara de morir ya no me importaría. Pero ellos no se conformarán con matarme... pretenden mucho más...

—No lo complique usted más, Doll, por favor. Estas cosas no ocurren en la vida real.

—¿De dónde sale usted, Donald?

—¿Qué?

—Es asombroso que piense así... ¿No ha oído hablar de la Mafia, de Cosa Nostra, del Sindicato del Crimen...?

—Hace muchos años que faltó del país, pero no creo que las cosas sean ahora como en los años treinta.

—¿Dónde vivió todo ese tiempo?

—En Oriente Medio. Arabia y Kuwait principalmente. ¿Por qué?

—Eso podría explicar muchas cosas.

—¿Quiere hacerme creer que la persigue una pandilla de gangsters?

—Ya no quiero que me crea. Sólo acelere... corra tanto como pueda con ese carromato. De lo contrario comprobará en su propia piel que estas cosas ocurren ahora como en los años treinta... corregidas y aumentadas.

—O está loca o quiere burlarse de mí. Juzgando por su atuendo casero, todo lo más la persigue un marido despechado... o un amante poco conforme con su escapada. ¿No es así?

—¡Qué estúpidos pueden ser los hombres algunas veces...!

Se enderezó en el asiento. Sus manos hicieron algo con los cierres de la bata y masculló entre dientes:

—Mire, bobo.

La miré y fue un milagro que no perdiera el control del coche.

Debajo de la bata no llevaba absolutamente nada más. Iba completamente desnuda.

—Me quitaron toda la ropa para que no pudiera huir —susurró—. No obstante, encontré esta vieja prenda en un ropero del sótano...

—Ya veo...

Tenía una piel blanca y tersa en la que la tenue luz del salpicadero creaba suaves sombras que se estremecían con ella.

—Cúbrase si no quiere pillar una pulmonía —mascullé entre dientes.

—¿Me cree ahora?

—Empiezo a preocuparme por lo menos.

Hundí el pie en el acelerador de modo instintivo, Las ruedas chillaron al entrar en una cerrada curva. Cuando la dejamos atrás, los brillantes faros del otro coche surgieron de pronto como los ojos de un monstruo.

Yo no sabía entonces que era un monstruo de mil cabezas.

CAPÍTULO II

Las luces se nos echaban encima. Ella se agazapó en el asiento, apretándose contra mí, gimiendo de terror. Recuerdo que en el fondo de mi mente maldije y odié salvajemente a los hombres capaces de inspirar semejante pánico en una mujer.

El coche pasó junto a nosotros como un rayo y desapareció en la siguiente curva. No pude contener un suspiro de alivio.

—Niña, estamos comportándonos como dos estúpidos. Esos tipos tenían prisa, pero no para cazarla a usted.

Ella se enderezó poco a poco, todavía aferrada a mí histéricamente.

—Nos adelantaron —dije—. No la persigue nadie...

—Si fuera cierto... Pero no es posible... deben haber descubierto que escapé...

Tomé la curva reduciendo la velocidad después de la alarma.

Hube de hundir los frenos hasta el fondo para no estrellarme contra el gran sedán atravesado en medio de la carretera.

Mi compañera chilló al darse cuenta de la trampa en que habíamos caído. Mi auto se detuvo apenas a un paso del otro y al instante, de ambos lados, surgieron cuatro hombres como cuatro fantasmas.

Apagué las luces de golpe y la oscuridad total invadió el paraje.

—¡Corra, trate de escapar! —exclamé, saltando fuera del coche.

Los dos primeros llegaron junto a mí y cacé al primero con un zurdazo que lo levantó del suelo.

El segundo rugió un soez insulto y blandió algo oscuro en la mano derecha. Traté de esquivar, pero la cachiporra zumbó y me dio de refilón en un lado de la cabeza. Pensé que me rompían el cráneo y todo giró a mi alrededor entre un estallido de luces.

Alguien gritó muy cerca:

—¡La chica... que no escape, idiota!

Hubo carreras aquí y allá. El que me había golpeado volvía a la carga.

Bien, yo tenía viejas experiencias de esta clase de trotes. Los árabes nos habían dado muchos quebraderos de cabeza últimamente y las peleas de todo tipo estuvieron a la orden del día, mucho más violentas que ésta.

Le esquivé y dando un brinco le hundí la puntera del zapato en las tripas. Boqueó, doblándose como una navaja.

Estaba quejándose cuando disparé un segundo puntapié con tanta fuerza como pude reunir. Esta vez el zapato se incrustó en su cara, haciéndose pedazos. El tipo cayó y ya no se movió más.

El otro a quien golpeara antes estaba recobrándose por instantes. Sólo que lo hizo apoyándose en un revólver de gran calibre con que me buscó, vacilante todavía.

Di un salto de costado cuando apretó el gatillo. El pistoletazo sonó como un trueno en el silencio del bosque y la bala aulló lastimeramente al rebotar en el tronco de un roble.

Corrí en zigzag buscando un refugio. Sonaban gritos al otro lado de la carretera, pero no me preocupé de ellos porque tenía otras cosas en que pensar.

Un nuevo disparo me alborotó los cabellos. Me zambullí entre los matorrales y repté después como un lagarto, dando un rodeo.

El tipo que estaba dispuesto a convertirme en un colador refunfuñaba de continuo mientras me buscaba. Estaba seguro que yo no tenía armas con que defenderme, de modo que no adoptaba muchas precauciones.

Si hubiera poseído experiencia en esta clase de embrollos, o si los árabes les hubiesen perseguido alguna vez en la noche, armados hasta los dientes, habría sabido que nunca debe moverse uno si con ello produce el menor ruido.

Aproveché sus propios pasos para ocultar mis movimientos, de manera que cuando salté sobre él por el flanco le pillé completamente desprevenido.

Lanzó un grito y un disparo todo a un tiempo. Las dos cosas se perdieron, aunque el disparo me rozó el cuello con una viva sensación de quemadura.

Le hundí la rodilla en la ingle, al tiempo que aferraba su muñeca armada. El ladró una llamada de socorro, pero le cerré la boca con

un cabezazo tan brutal que me aturdió.

Sus piernas se aflojaron, pero seguía aferrándose al revólver como a una tabla de salvación. Ferozmente, le doblé la muñeca y grité:

—¡Dispara ahora, bastardo, dispara...!

Tal vez fue un acto de reflejo o estaba aturdido por el cabezazo, el caso es que apretó el gatillo y el estampido reventó ante mis ojos... y toda su cara saltó en medio de una erupción de sangre y huesos astillados.

Me eché atrás, soltándolo. Su sangre me salpicó; no obstante. Jadeando, di la vuelta para acudir en ayuda de la muchacha.

Justo en aquel instante el mundo se abatió sobre mi cabeza.

Fue algo tan súbito, brutal y doloroso que inundó el cerebro de dolor y chispas de fuego que al apagarse me sumieron en la oscuridad absoluta. Ya ni siquiera sentí el golpe de mi cabeza contra el suelo.

El espantoso aullido de la muchacha me devolvió la conciencia. Estaba tumbado sobre un lecho de hierba y muy cerca de mí había los pies de un hombre.

Confusamente, en medio de mi aturdimiento, pude ver a Doll sujeta contra el tronco de un árbol. Le habían quitado la bata y en su cuerpo había espeluznantes surcos de sangre.

Pude ver al hombre que se le aproximaba otra vez con unas mordazas en la mano. Le hizo algo horrible y ella lanzó un alarido de muerte que retumbó en mis oídos y barrenó mi mente como un hierro al rojo.

Intenté incorporarme para acudir en su ayuda. De nuevo me golpearon y una vez más me hundí en la nada absoluta, pero incluso en aquel mundo neutro donde no había dolor ni vida alguna continué oyendo en mi cerebro el espantoso alarido de Doll una y otra vez...

Podían haber transcurrido minutos o mil años en aquel universo vacío y negro. El tiempo ya no contaba para mí.

Entonces, unas manos rudas me zarandearon y alguien gruñó:

—¡Vamos, bastardo, despierta de una maldita vez!

Parpadeé. Todo el dolor del mundo despertó conmigo arrancándome un largo gemido. Me llevé las manos al cráneo. Tenía sangre seca entre los cabellos y mis propias manos agudizaron el

dolor hasta el borde de la locura.

—¡Vamos a darte más motivos para lamentarte dentro de poco, cerdo! —me prometió aquella voz.

Cerré los ojos y traté de pensar rápidamente. Me tenían en su poder, de eso no cabía duda. Y era seguro que no sentirían ninguna simpatía por el tipo que había matado a uno de ellos y destrozado la cara de otro.

—¡Llama una ambulancia y comunica con el teniente, Bill!

De nuevo la voz.

Y las palabras abriéndose paso en medio del oleaje de dolor.

De pronto capté el alcance de todo aquello y abrí los ojos tratando de ver en la semioscuridad del bosque.

Tropecé con unos botones dorados, una corbata negra y una camisa azul claro... Los botones pertenecían a la camisa, y ésta a un policía de carreteras del Estado.

—La has hecho buena, bastardo —me espetó el guardia.

Más allá de él destellaba la luz giratoria del auto-patrulla. Confusa, percibí la voz de otro agente hablando por el micrófono.

Me senté en el suelo. Las manos del policía me levantaron con rudeza, apretándome contra el tronco de un pino para que me sostuviera de pie.

—Ya basta de tonterías —gruñó—. No estás tan mal como quieres hacerme creer.

—Estoy peor, muchacho —mascullé entre dientes.

—No tanto que no puedas empeorar... sobre todo cuando te metan en la cámara de gas.

—¿De qué está hablando?

—De las salvajadas que has hecho con la chica.

—¿Qué... qué chica?

Me abofeteó dos veces. Mi cabeza osciló de un lado a otro, un cuchillo hendió mi cráneo por la mitad y estuve a punto de perder el conocimiento una vez más.

Repentinamente, en medio de tanto dolor y desconcierto, recordé todo lo sucedido. La escena con Doll y el criminal de las mordazas, el alarido... todo acudió a borbotones a mi memoria.

—¡Doll! —exclamé.

—Ajá, se llamaba Dolly, ¿eh?

Fijé la mirada sobre el rostro delgado y joven del policía.

—Escuche, no es como usted cree.

El sacudió la cabeza y se apartó un paso, mirándome con rencor y desprecio.

—Claro, claro —se burló—. Tú no le hiciste todas esas salvajadas sólo para divertirte, ¿eh, muchacho?

El otro se aproximó.

—Están en camino —anunció con voz cansada—. ¿Qué dice el angelito?

—Menos de lo que deberá contar al teniente cuando llegue. Por una vez, me gustaría ser yo el encargado de interrogarle en la sala de atrás de la Jefatura... Le haría sudar sangre y dientes, todo a la vez.

Al parecer no advirtió el despropósito que acababa de soltar. Yo no comprendía cómo alguien podía sudar dientes... pero en aquellos instantes maldito si me importaba comprender nada.

El segundo polizone se aproximó a mí, escrutándome fijamente.

—Yo he visto esa cara en alguna parte —refunfuñó de pronto.

El otro se interesó de inmediato.

—¿Seguro?

—Sí, pero no recuerdo dónde...

—Tal vez está fichado y tú viste su fotografía en alguna revisión de los ficheros...

—No... creo que no fue en los ficheros... Pero estoy seguro que lo vi... Oye, ¿no serás uno de esos actorzuelos de la televisión, compañero?

Sacudí la cabeza de un lado a otro, pero interrumpí el movimiento a la mitad porque ese simple gesto repercutió dolorosamente en lo más hondo de mi cráneo.

—Pues en alguna parte vi tu cara... Ya me acordaré —refunfuñó entre dientes.

El otro seguía mirándome como un monstruo. Y si las cosas eran tal como yo imaginaba al tipo no le faltaba razón para dedicarme su particular odio profesional.

Sólo que estaba equivocado, porque no había sido yo quien dejara a Doll tal como ellos debían haberla encontrado.

—Daría cualquier cosa por un trago —dije débilmente.

—¿No bebiste bastante antes de apiolarla, puerco?

—Escuche, polizone —dije, fastidiado—, yo no hice eso con la

chica... justamente fue todo lo contrario...

—Seguro, seguro... Ya se lo contarás al teniente. Y luego al jurado.

—Váyase al infierno.

El otro refunfuñó:

—Déjalo en paz. No nos incumbe a nosotros ajustarle las cuentas. Otros lo harán.

Pareció que eso zanjaba la cuestión.

Busqué un cigarrillo y lo encendí. Aproveché para mirar a mi alrededor, pero no pude ver el menor rastro de Doll.

A unos cien pasos, parpadeaba la luz del coche patrulla, y un poco más atrás pude ver mi propio «Plymouth», cuidadosamente estacionado en el arcén.

—¿Dónde está ella? —pregunté de pronto.

Los dos me miraron de mala manera.

—¿No gozaste bastante torturándola y mancillándola?

—Les repito que no fui yo.

—Ya lo contarás al teniente.

El otro dijo:

—La hemos colocado cerca de los coches... envuelta en su bata.

—¿No encontraron ningún otro cuerpo?

Cambiaron una mirada de estupor.

—¿Quieres decir que «apiolaste» a otro, además de la chica?

Suspiré resignadamente.

—Olvídelo... Ya se lo contaré al teniente —dije, imitando su propia voz.

El insulto que me dedicó el más belicoso de los dos resonó como un pistoletazo. Después de eso me dejaron en paz.

Primero llegó una ambulancia. Contemplé sus manejos a distancia, custodiado por el policía que deseaba interrogarme en la sala de atrás de la Jefatura. Cuando ya desesperaba, otro coche hizo su aparición y de él se apearon dos hombres vestidos de paisano y uno con el uniforme de sargento de los patrulleros. Hablaron brevemente con los enfermeros de la ambulancia, luego se arrodillaron junto al bulto que habían colocado en la camilla, y al final vinieron hacia mí resueltamente.

El teniente había llegado.

CAPÍTULO III

El teniente se pasó furiosamente la mano por la cara.

—De modo que ésta es su historia —gruñó.

Su acompañante, el sargento Borman, comentó:

—Es la estupidez más grande que oí en mi vida. El tipo no ha tenido tiempo de inventar algo mejor.

Me encogí de hombros. Estábamos los tres sentados en el auto de los policías. La ambulancia con el cuerpo de la infortunada muchacha se había marchado tiempo antes, pero alrededor nuestro quedaban todavía algunos patrulleros y los peritos sacando fotografías y midiendo el terreno.

El teniente Chalice dijo de mal talante:

—No tiene usted aspecto de retrasado mental, amigo...

—¿Y qué?

—Esa historia sólo se le ocurriría a un cretino... a menos de ser cierta.

—Ahora llegamos a alguna parte —suspiré—. Iban a por ella. La torturaron durante el tiempo que estuve inconsciente... y se les fue la mano, matándola cuando el hijo de perra de las tenazas llegó demasiado lejos. Arreglaron el escenario para cargarme el mochuelo... y casi lo consiguen.

Chalice gruñó algo que no entendí. Luego, ordenó:

—Sargento, tome usted el coche de míster Mackenzie y síganos. Quiero hacer algunas comprobaciones en Jefatura.

El agente que estaba ante el volante maniobró tan pronto el sargento se hubo apeado y los coches se lanzaron rumbo a la ciudad.

Chalice refunfuñó:

—Haré que le examine un médico policial, Mackenzie. Quiero estar seguro del terreno que piso antes de creerle.

—Gracias por concederme esa oportunidad.

—No me las de todavía. ¿Qué aspecto tenían esos cuatro individuos?

—No pude ver ningún detalle... Estaba oscuro, y todo se precipitó en unos minutos.

—¿Ni siquiera recuerda la cara del que se voló la cabeza ante sus narices?

—Ése sí... podría reconocerlo entre mil. No lo olvidaré fácilmente. Sin embargo, el otro que tumbé era sólo una sombra para mí.

—Una sombra a la que destrozó la cara de un puntapié. Se me ocurre que es usted excesivamente hábil en esa clase de peleas sucias.

—Tuve una buena escuela.

—Sí, en Oriente Medio, ya lo dijo antes.

Callé. Las luces de San Francisco aparecieron tras un recodo, a lo lejos, sembrando el cielo de una aureola semejante al amanecer.

De pronto, el teniente gruñó:

—Si es cierto lo que me ha contado, la pelea y el asesinato tuvieron lugar en las colinas..., de modo que caerían dentro de la jurisdicción del *sheriff* de Briansville...

—¿Sí?

—Bueno, eso nos complicaría mucho la vida. A usted y a la chica les encontramos en nuestra demarcación. Pero no me explico por qué les trasladaron de lugar.

—Quizá para borrar todo rastro de la lucha. Debía haber mucha sangre en la hierba, y huellas de la lucha y las carreras que se sucedieron de un lado a otro.

—Tal vez.

Ya no despegó los labios hasta encontramos en presencia del médico de guardia de la policía. Allí me señaló y pidió:

—Exámínelo, doc. Tiene un rasguño en el cuello que él asegura producido por una bala. Y un par de heridas en la cabeza... Quiero saber qué hay de cierto en ello.

El médico era un hombrecillo delgado, con una cara aniñada y unos ojos vivos que ocultaba detrás de unas enormes gafas. Sus ademanes eran centelleantes, como si siempre tuviera prisa por terminar algo que ni siquiera había empezado.

—Siéntese ahí, y no se mueva.

Me hizo esperar un buen rato, mientras el teniente consumía un cigarrillo tras otro. Cuando al fin se dedicó a examinarme sus manos hicieron diabluras entre mis cabellos, produciéndome nuevos y agudos dolores.

—Vamos, no alborote —refunfuñó al oírme gruñir de dolor.

Chalice indagó:

—¿Y bien, doctor?

—Espere. ¿Quiere un trabajo serio o un testimonio parcial?

—Okey, adelante, tómese todo el tiempo que quiera... No termino mi turno hasta las ocho de la mañana, de modo que tómese tiempo...

El sarcasmo no hizo mella en el matasanos, que siguió calmosamente su inspección, cortándome algunos cabellos, limpiando las heridas y partiéndome el cráneo por la mitad.

—Bien, le sacudieron con un objeto romo... probablemente una cachiporra —dijo al fin.

Suspiré aliviado.

El teniente quiso puntualizar:

—¿Pudo hacerse él esas heridas, doctor?

—No veo cómo... a menos que sea contorsionista.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Que no veo cómo pudo golpearse por detrás..., porque no cabe duda que le golpearon por detrás. El desgarró de la piel del cráneo lo demuestra sin lugar a dudas. La cachiporra debía ser corta y muy dura.

—Ya veo... ¿Y lo del cuello?

—Ese rasguño fue producido efectivamente por una bala.

—¿Cómo puede afirmarlo tan rotundamente?

El médico empujó sus gafas nariz arriba y soltó un bufido.

—Si se hubiera tomado usted la molestia de examinarlo de cerca, habría descubierto a simple vista los rastros de cordita quemada... La pólvora sin humo deja una huella especial..., aunque imagino que esto debiera saberlo usted, si aprobó el ingreso en la policía.

Chalice soltó un rotundo taco que sobresaltó al galeno de mala manera.

—Cuando precise de sus comentarios, doc, se los pediré. Todo lo que necesito ahora es un informe.

—Ya le he dado un adelanto. Por la mañana lo encontrará redactado con todos los tecnicismos legales encima de su mesa.

—Gracias... Lamentaría que este despliegue de actividad afectara sus hormonas, doctor. Vámonos, Mackenzie.

El médico se quedó riendo entre dientes cuando me levanté y seguí al teniente.

—De momento le he arreglado los desperfectos, muchacho, pero convendría que tuviera cuidado con su cabeza. Otro golpe semejante y no lo contaré.

Asentí y me lancé detrás del teniente Chalice, que refunfuñaba pasillo adelante.

Su despacho era un cuchitril pequeño y mal ventilado. El aire olía a tabaco rancio y *whisky* barato. Me pregunté dónde tendría guardada la botella.

Pronto lo supe. Abrió el segundo cajón de un gran archivador adosado a la pared y de entre los expedientes sacó una botella de *bourbon*. Tomó un vaso de papel y bebió glotonamente.

Se disponía a guardar la botella cuando dije:

—Esa medicina me sentaría bien después de todo ese ajeteo, teniente.

Lo pensó bastante antes de acceder. El *whisky* era barato y endiabladamente fuerte, pero me tonificó lo suficiente para soportar otro interrogatorio.

Ocultó la botella y fue a sentarse al otro lado de la mesa.

—Repita su historia desde el principio —gruñó.

Resignadamente, le relaté todo lo sucedido sin omitir ningún detalle. Apenas había terminado cuando se abrió la puerta y entró el sargento Borman con unos papeles en la mano.

—El auto del angelito está en el sótano, teniente —anunció—, aunque...

—Mackenzie dijo la verdad, sargento —le espetó el teniente con voz aburrida.

—¡Cuernos!

Me miró con reproche. El hecho de que yo no fuera el criminal equivalía a un trabajo infernal que seguramente les ocuparía muchas horas de las destinadas al descanso.

—¿Qué hay de la chica? —indagó Chalice, sacándole de su enfurruñado silencio.

—Identificada. En tiempos fue una bailarina de abanicos..., hasta que alguien la retiró. Se llamaba Dolly Drago.

—Oí ese nombre alguna vez... ¿Quién la retiró?

—No lo sé, todavía. Es todo lo que pude saber por teléfono.

—Averíguelo, sargento. Quiero toda la historia de la muchacha sobre mi mesa antes del relevo.

—Pero ¿usted cree que nos relevarán? —refunfuñó saliendo del despacho. Cerró de un portazo y el teniente maldijo en voz baja.

—Ella habló de gangsters —dijo de pronto.

—¿De veras?

—Recuerdo que me negué a creerla, y entonces me mencionó varias organizaciones criminales preguntándome si había oído hablar de ellas.

—¡No me diga! —exclamó sarcástico—. Cosa Nostra y quizá la Mafia...

—Y el Sindicato del Crimen, teniente.

—No se comete un delito que no se cargue en la cuenta de esos hijos de perra. Sólo que no es tan fácil.

—Acabo de llegar al país, teniente, de modo que no estoy al corriente del pistolerismo actual. Pero puedo asegurarle que los tipos que nos cazaron eran profesionales. Jamás vi una frialdad como la del individuo de las mordazas. Hizo aquello como si fuera a darle cuerda a su reloj.

Asintió con un gesto. Después gruñó:

—Tal vez pueda identificar al que mató en nuestra galería de celebridades... Venga conmigo.

Me llevó a una sala partida por la mitad mediante un largo mostrador de madera.

Hube de esperar un poco. Luego colocaron varios volúmenes de gran tamaño sobre el mostrador y el teniente Chalice me recomendó:

—Sin prisas, Mackenzie; con calma, ¿entiende? Si se apresura acabará viendo al fulano en cada página, o bien creyendo que todas las caras son iguales. Tómese tiempo.

Me tomé tiempo, mucho tiempo. Contemplé una colección de fotografías de rufianes capaces de quitarle el aliento a una estatua.

El hombre cuya cara se hizo trizas ante mí estaba en el tercer volumen. Suspiré y me eché atrás.

Estaba solo en la gran sala. Encendí un cigarrillo y di otro vistazo al individuo. No había duda; era él con toda seguridad.

Debajo de cada foto había un número solamente. Apreté el botón del timbre que el policía me había indicado antes de dejarme solo y esperé, fumando pacientemente.

Sentía un agudo dolor de cabeza y un cansancio mortal en todos mis miembros. Pensé en una buena cama y entonces apareció Chalice por la puerta de cristales.

—¿Lo encontró?

—Seguro, teniente. Éste es...

Le dio un vistazo y anotó el número. Volvimos a su despacho y habló brevemente por teléfono.

—Conozco al tipo —dijo, pensativo—. Su nombre auténtico es John Fowler, aunque había utilizado tantos nombres que ni él mismo recordaba cuál era el suyo.

No dije nada. Comenzaba a fastidiarme todo aquello porque el mortal cansancio que sentía borraba todo interés por el trabajo del policía.

Trajeron un voluminoso expediente y Chalice lo examinó rápidamente. Después anunció:

—Había sido detenido cinco veces por asalto, dos por sospechas de homicidio y una por estupro. En libertad bajo fianza de esta última acusación.

—Me pregunto cómo le dejaron suelto con ese historial.

—No pudieron probarle nada concreto excepto la primera vez. Cumplió una condena de cinco años.

—Ahora me siento mejor.

Me miró con los párpados entrecerrados.

—¿Qué quiere decir?

—Sentía remordimiento por haberlo matado, aunque en realidad fue él quien disparó su arma. Pero ahora ya no lamento su muerte. Pienso que alguien debió volarle la cabeza mucho antes.

—Ya veo. Está bien, Mackenzie, puede irse, pero no salga de la ciudad sin comunicármelo. Voy a necesitar de usted más adelante.

—De acuerdo. Me gustaría saber lo que sucede respecto a la chica.

—¿Por qué? Era una cualquiera.

—Tal vez, pero en todo caso era una mujer acorralada, llena de

terror. Se me ocurre que cuando lo necesitó quizá no encontró a nadie que le tendiera una mano.

—Es usted un sentimental, Mackenzie.

Le enseñé los dientes en una gran sonrisa.

—Eso me lo dijo cierta muchacha árabe, teniente..., y se equivocó, por supuesto. Buenas noches.

Abrí la puerta y él gruñó a mis espaldas:

—En todo caso, buenos días.

Era cierto. Cuando salí del edificio estaba amaneciendo.

CAPÍTULO IV

El teniente me localizó en el bar del hotel, casi veinticuatro horas más tarde. Le invité a un trago, aunque sólo fuera en compensación del que tomé en su despacho, y cuando hubo saboreado el excelente *whisky*, dijo:

—He reflexionado mucho sobre todo lo que me contó, Mackenzie.

—¿Y qué? ¿Llegó con eso a alguna conclusión?

—En absoluto. Pero quisiera que hiciese usted un esfuerzo y tratara de recordar fielmente los instantes en que recobró el conocimiento, cuando el tipo de las mordazas torturaba a la chica...

—Eso no lo olvidaré mientras viva.

—Bien... ¿Oyó alguna palabra, algo de lo que ellos decían?

—No. Sólo el espantoso alarido de Dolly.

—¿Seguro?

—¿Adónde quiere ir a parar?

Suspiró resignadamente.

—Tenía la esperanza de que hubiera escuchado usted lo que estaban diciendo. No la torturaron por puro sadismo. Esa gente son profesionales. Cuando hacen un trabajo lo realizan a conciencia. Si hay que despachar a alguien lo liquidan y asunto concluido. Pero cuando desperdician el tiempo despedazando a una pobre mujer, es que tienen poderosos motivos para hacerlo.

—¿Y...?

—Querían saber algo. Algo que ella sabía y ellos no. Es por eso que si usted hubiese escuchado sus preguntas tendríamos una pista, una idea de la naturaleza de lo que buscaban.

—Entiendo. No, ni una palabra —añadí—. Sólo el aullido..., y luego el golpe que me tumbó otra vez.

—Mala suerte.

—¿Consiguió algo concreto respecto al tipo muerto?

Asintió con un gesto.

—Lo encontraron tirado en un acantilado —anunció—. Lo arrojaron desde una altura considerable, de modo que dio de cabeza contra las rocas del fondo... y lo que quedó de ella no era ninguna belleza.

—De manera que no pudieron comprobar que había muerto de un balazo en la cara. Esos chicos son gente muy lista, teniente.

—No lo sabe usted bien.

Consulté mi reloj y llamé al mozo. Pedí dos vasos más y al mismo tiempo le indiqué:

—Avisa al encargado del estacionamiento del hotel para que traiga mi coche, por favor.

Asintió y le vi hablar por teléfono. Después trajo las nuevas bebidas. El teniente indagó:

—¿Qué prisa tiene?

—Pienso quedarme una temporada aquí... Tal vez seis o siete meses. Voy a alquilar una casa en Laurel Road, si nos ponemos de acuerdo en el precio.

—Ya veo.

Apuré la bebida y dejó el vaso. Como si al hacerlo hubiera pulsado un detonador, una explosión tremenda sacudió el edificio y los cristales de la ventana saltaron en pedazos.

Nos precipitamos a la salida, entre la algarabía que se había desatado en todas partes. La calle era un manicomio de gente precipitándose en todas direcciones, huyendo de las llamas que se elevaban en la esquina, allí donde el hotel tenía reservado un espacio para los coches de los clientes de paso.

Varios de esos coches estaban tumbados de costado, despanzurrados y con las ruedas al aire. Uno de ellos ardía como un infierno y al acercarnos comprobamos que estaba hecho pedazos.

Aquél era mi auto.

El «Plymout» recién estrenado.

Había una figura retorcida en lo que fuera el asiento delantero. Traté de correr hacia allí, pero el teniente me sujetó bruscamente.

—¡Quieto! —rugió—. ¿Quiere arder con el coche?

—¡Malditos hijos de una hiena..., lo han volado!

—Seguro, pero no conseguirá nada metiéndose en medio de las

llamas. El desgraciado que lo puso en marcha está muerto.

Me apartó a viva fuerza. Un temblor convulso se apoderó de todos mis miembros, al tiempo que los chillidos de la gente se esfumaban de mi mente. Ni siquiera oí el aullido de las sirenas de los bomberos, sumido en un mar de loca furia.

No recuerdo cómo regresé al bar del hotel, ni la manera cómo el teniente logró apartarme de la barahúnda que se armó en la calle.

Me encontré engullendo un gran vaso de *whisky*, sólo en todo el mostrador. El mozo me dirigía miradas expectantes de vez en cuando, pero no se atrevía a hablarme siquiera.

Chalice regresó poco después.

—Una carga de «plástico» —anunció entre dientes—. Un trabajo profesional.

—Todos ellos son profesionales. Han despedazado a ese pobre hombre, el encargado de aparcamiento...

—La cosa estaba destinada a usted, no cabe duda. ¿Por qué, Mackenzie?

—¡Condenación! ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Ellos creen que usted representa un riesgo... Han leído los periódicos y averiguado que estaba usted en libertad y que la policía seguía las pesquisas. Y decidieron eliminarlo.

—Esos bastardos...

—¿Qué es lo que usted sabe, amigo?

—¡Nada! —estallé—. ¿No quiere entenderlo? No les vi hablar, no vi sus caras, excepto la del tipo que maté. Pero tal vez me preocupe de saber algunas cosas más.

—Un momento, Mackenzie...

Le miró recto a los ojos y algo vería en los míos que le cortó la voz.

—Despedazaron a la pobre Dolly, me aporrearon y quisieron cargarme con el asesinato y no contentos con eso me vuelan el coche y matan a ese desgraciado en mi lugar. ¿Qué quiere que les dé, mis felicitaciones?

—Quiero que se mantenga al margen de esto, Mackenzie, ni más ni menos. Y permítame un consejo...

—Eso no cuesta dinero.

—Siga en el hotel. Estará mucho más seguro que viviendo solo en una casa. Me ocuparé de que destinen un par de agentes para su

escolta y...

—Olvídelo, no quiero niñerías.

Soltó un taco entre dientes.

—Mire, Mackenzie —dijo, conteniéndose—, he reunido todo su historial en estas últimas horas. Incluso los artículos de los periódicos referentes a su aventura con una patrulla de castigo israelí en la que hubo cinco muertos... y varias voladuras de vehículos. Por todo ello sé que no es usted un bisoño en lides de violencia. Muy bien, pero es mi único testigo y quiero que siga viviendo. ¿Está claro? Le haré encerrar si es preciso, pero cuando llegue el momento de utilizarle quiero que esté de una sola pieza.

—¿Utilizarme? Usted bromea. No vi nada, no oí nada, no tengo la más ligera idea de quiénes hicieron el trabajo ni por cuenta de quién lo llevaron a cabo... No le sirvo a usted de nada.

—Ellos piensan que «sí» puede identificarles. ¿Comprende?

—Ni una palabra.

Sacudió la cabeza.

—Ese atentado los delata. Están asustados, inquietos por su propia seguridad. Volverán a la carga... ¿Quiere pensar en eso cuando yo me haya largado de aquí?

—Ya veo... Pretende echarles el guante cuando intenten cazarme a mí.

—Algo por el estilo.

—No sirvo para camada, teniente.

—No, es usted una especie de tiburón. ¿Cree que ignoro sus líos en Oriente Medio? Peleó contra las partidas de árabes que trataban de volar las instalaciones petrolíferas de su compañía. Luego, se enfrentó a las partidas de castigo israelíes y las diezmó, hasta que sus jefes optaron por concederle unas largas vacaciones. Lo sé todo, pero créame, los pistoleros que van tras usted son peores que esos guerrilleros con los que peleó. Más astutos, más crueles... y no luchan por ningún ideal ni bandera. Matan por dinero..., por mucho dinero...

—Ya me soltó su sermón. Ahora, lárguese y deje que piense sobre todo esto.

—Sí, sé qué pensará en ello..., si le dejan.

—Dígame sólo una cosa, Chalice...

—¿Qué cosa?

—¿Quién retiró a Dolly?

—Bruce Warry, el...

Se interrumpió de golpe y su mirada relampagueó. Había respondido casi instintivamente, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho.

—Es todo, gracias —dije.

—¡Maldito sea usted, Mackenzie! —masculló—. ¡No se meta en esto ni de lejos!

—¿Quién es Bruce Warry? No tiene objeto que guarde un secreto que puedo averiguar por otros medios.

—¡Váyase al infierno, petrolero!

Saltó del taburete y se fue.

Estuve allí media hora más. Luego subí a mi habitación, tomé una larga ducha y me tendí en la cama pensando en todo aquel embrollo, en las consecuencias que había tenido para mí el encuentro con la infortunada muchacha y en lo que podía suceder en un futuro inmediato.

No me gustó ninguna de las conclusiones a las que llegué trabajosamente. Había sólo una cosa que deseaba por encima de todo lo demás: encontrar a los bastardos que me habían aporreado, volado el coche y asesinado a Dolly y al encargado del aparcamiento como final.

Alguien debía pagar por todo esto.

Me levanté después de anochecido. Busqué en mis bolsillos la pequeña agenda que siempre llevaba conmigo y consulté un número de teléfono. Lo disqué después y esperé.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Quién llama?

—Mackenzie al habla. ¿Eres tú, Catlin?

—¡Donald! —bramó a través del auricular—. Estaba pensando en la manera de localizarte desde que leí los periódicos.

—¿Puedo ir a verte?

—¡Por supuesto! ¿Tienes mi dirección?

—Seguro...

—Bueno, es mejor que tomes un taxi o te extraviarás. Es una calleja de Bunker Hill y...

—Tomaré un taxi, descuida. Saluda a tu esposa entre tanto...

Colgué y abandoné el hotel. Don Catlin era el director de la

compañía petrolera en San Francisco, la misma compañía para la que yo trabajaba..., cuando trabajaba, naturalmente. Los dos habíamos iniciado juntos la carrera en ese negocio, aunque por distintos caminos.

Un tipo de su posición forzosamente debía estar enterado de la vida política de la ciudad...

Tomé un taxi y me encaminé en su busca.

CAPÍTULO V

La mujer de Don Catlin era una dama refinada, discreta y elegante. Tan discreta que después de los saludos y presentaciones, y de facilitarnos bebidas y hielo, se eclipsó dejándonos solos.

Don había cambiado mucho desde los tiempos en que luchábamos juntos para abrirnos paso en el mundo del petróleo. Estaba más grueso, más pálido y más reposado.

—Te has convertido en un sosegado hombre de negocios, muchacho —comenté.

—No he podido hacer otra cosa. Además, me casé —rió como si eso lo explicase todo.

—Recibí la noticia en Kuwait. Pero en malos momentos para venir en tu rescate.

Se echó a reír.

—Me va muy bien... y muy aburrido. Todas mis aventuras se reducen a las paredes de mi oficina. Y para colmo, incluso mi secretaria es vieja, fea... y eficiente.

—Lo lamento por ti.

—He seguido todas tus andanzas a través de los boletines confidenciales de la compañía y de los periódicos. Ha habido ocasiones en que he tenido que aferrarme a mi sillón para no mandarlo todo al infierno y largarme a reunirme contigo...

—Es demasiado tarde para eso.

—Sí..., el matrimonio lo estropea a uno.

Volvió a reír de aquella manera casi infantil. Entonces le pregunté de sopetón:

—¿Quién es Bruce Warry?

Se sobresaltó, atragantándose.

—¿Quién? —bufó.

—Bruce Warry.

—Entiendo...

—¿Qué es lo que entiendes?

—Estás metido en el lío. Leí los diarios, aunque supongo que silenciaron la mitad de lo sucedido.

—No silenciaron nada. Sólo te he hecho una pregunta.

—Bruce Warry es lo que ahora se llama «un financiero de éxito», Donald. Tras esa pomposa definición se esconde uno de los más aristocráticos miembros del hampa. Públicamente jamás se le acusó de nada. Está rodeado de abogados marrulleros y de influencias políticas. Resumiendo, un poderoso, distinguido, implacable y encumbrado hijo de perra.

—Eso es todo lo que quería saber.

—Escucha, viejo; si pretendes complicarle la vida a Bruce Warry, te aconsejo que regreses a Oriente Medio de inmediato. Estarás allí mucho más seguro... Desde Washington hay quien le respalda. No creo que puedas siquiera llegar hasta él, pero sólo con que lo intentes te barrerán del mapa.

—Ésta es una sociedad curiosa en extremo, Don, estructurada para grandeza y provecho de los más grandes criminales de toda la historia. Es como para echarse a reír, si no produjera náuseas.

—Tómalo con calma, viejo...

—Yo sé cómo he de tomarlo. Si leíste los periódicos sabrás los detalles de lo que sucedió, a mí y a la chica que había recogido en la carretera.

—Leí todo lo que los diarios publicaron.

—Entonces, piensa en eso. Alguien tiene que pagar.

—¡Estás rematadamente loco! Ni los federales se han atrevido a inquietar a Bruce Warry... ¡Eh, espera un minuto! ¿Qué tiene él que ver con lo que pasó contigo en la carretera?

—La chica a la que torturaron hasta matarla era su amante. O lo había sido...

—Bueno, pero eso no lo señala como...

—Para mí es suficiente. Afortunadamente, yo no necesito respetar influencias políticas.

Me levanté. Estupefacto, él me imitó mientras buscaba en su cerebro razones suficientes para retenerme.

No las encontró. Me despedí de su mujercita, les prometí cenar una noche con ellos y me largué de regreso al hotel. Había algunas cosas que debía hacer antes de seguir adelante, y una de ellas era

desenterrar el viejo arsenal que reposaba en el fondo de mi maleta.

El recepcionista me entregó la llave y dijo:

—Una señorita ha estado aquí interesándose por usted, míster Mackenzie.

—¿Ha dejado su nombre?

Sacudió la cabeza.

—No, señor. Tan sólo preguntó por usted. Luego, se dirigió al bar.

—Tal vez esté allí aún.

—Lo dudo. Hace más de dos horas que entró.

—Está bien, si vuelve, avíseme.

Subí a mi habitación, abrí la puerta y allí estaba ella.

Me detuve en el umbral, petrificado de estupor, tanto por su inesperada presencia en mi cuarto, como por su belleza.

La hermosura total, absoluta, es una cosa muy rara, porque depende de infinitos factores, algunos puramente personales. Es algo impalpable, subjetivo de uno mismo. La hermosura de una mujer es una acumulación de cualidades que no pueden describirse, pero que uno reconoce en el mismo instante en que se tropieza con ella.

Y yo acababa de tropezar con la belleza ideal de un hombre como yo, el sueño de todo ser viviente que jamás se logra.

Sólo que, al parecer, yo la había alcanzado.

—Hola —dijo, y su voz era armoniosa, en consonancia con su soberbia presencia—. No se quede ahí. Después de todo, ésta es su habitación, querido.

Entré y cerré la puerta.

Su pelo era negro, un océano de azabache que tenía un suave brillo fascinador. Lo llevaba largo y suelto, acariciándole los hombros. Cuando me sonrió, su boca realizó diabluras incitantes, tan atractiva que casi olvidé el resto de su cuerpo. Era una boca jugosa, cálida como un nido, sugiriéndole a uno ideas hambrientas.

—Me llamo Jamie —anunció triunfalmente.

—Usted es la chica que preguntó por mí en conserjería, ¿no es cierto?

—Ciertísimo.

—Por lo visto, se aburrió en el bar.

—Mucho. No estaba usted allí.

—Dejando los despropósitos de lado, quizá lleve su condescendencia hasta decirme qué diablos está haciendo en mi cuarto, Jamie.

—Esperarle. Y ahora que le he visto, estoy segura de que valía la pena.

—¿Valía la pena esperar dos horas para verme?

—Ni más ni menos. Oiga, he buscado por todas partes pero no he podido encontrar nada de beber. ¿Le molestaría pedir algo al bar? Estoy sedienta.

—Hay agua en el lavabo. Es buena para la salud.

—No trate de parecer rudo conmigo, querido. Cualquiera pensaría que mi presencia le disgusta.

—La última chica que estuvo conmigo acabó hecha pedazos por unos asesinos.

—Oh, bueno; leí los diarios, ¿sabe? Pero estas cosas nunca ocurren dos veces.

Dejé que sus grandes ojos oscuros jugaran al escondite por encima de mí y fui a sentarme en el diván. Encendí un cigarrillo y ella abandonó la butaca en que estaba prácticamente tumbada y me lo quitó de la boca. Fumó golosamente, saboreando el humo como si se tratara de una pipa de opio.

—Está bien —dije cansadamente—; me rindo, preciosa.

—Sólo vine a traerle un recado. Ahora que te he conocido creo que vale la pena prolongar un poco más nuestra amistad, ¿no te parece, Donald?

—¿Qué recado?

—¿Cómo? Oh, sí..., naturalmente. El quiere verte.

—¿Quién?

—Mi padre. Bueno, en realidad no es mi padre..., sólo mi padrastro. Se casó con mamá cuando yo ya había crecido un poco.

—A juzgar por el desarrollo que ha alcanzado, siguió creciendo mucho tiempo más.

—¿Es un chiste, querido, o realmente te has fijado en mi desarrollo?

Asentí con un gesto. Tenía curvas suficientes para marear a un contramaestre naval.

—Volviendo al tema de tu padrastro, ¿por qué quiere verme?

Se encogió delicadamente de hombros.

—No lo sé. Nunca me meto en sus negocios. Sólo le dije que venía al centro y me rogó que te buscara aprovechando el viaje. El viejo es un gran tipo, Donald, te gustará.

—Eso queda por ver.

Se deslizó a mi lado, en el diván. A través de la tela noté el duro contacto de su cuerpo cuando se apretujó contra mí. Apenas oí su voz cuando musitó:

—De veras que eres un tipo intrigante, Donald... Quiero decir que eres diferente a los demás hombres que conozco.

—Bueno, a mí todavía no me conoces, primor.

—Eso tiene fácil arreglo...

—Por si no lo has notado, este diván tiene más de dos metros, permite sentarse cómodamente a dos personas sin que a una de ellas la arrojen por un extremo...

Se enderezó, riéndose y mirándome.

—¿Crees que soy una cualquiera, sólo porque me he insinuado?

—Tonterías. Me gustan las mujeres que se insinúan, de vez en cuando.

—Ahora te burlas de mí, Donald —me reprochó.

—Háblame de tu adorado papaíto, nena.

—No es mi adorado papaíto.

—Ya sé, es tu padrastro. Para el caso es lo mismo, háblame de él.

—¿Para qué? Ya le conocerás...

—No estoy muy seguro de eso.

Su cara estaba muy cerca de la mía, medio derribada sobre el diván. Y con la cara, sus labios voraces y ansiosos. Me trajeron a la mente una leona hambrienta relamiéndose ante un indefenso corderillo.

Encendí otro cigarrillo para distraer la tensión. Ella mostró sus dientes regulares cuando sonrió.

—Apuesto que estás nervioso —runroneó.

—Sí.

—¿Tienes miedo de mí?

—No precisamente de ti.

—Tal vez me equivoqué contigo —dijo de pronto. Y su voz había adquirido una repentina seriedad—. Creo que eres un tipo que no precisa la ayuda de nadie...

—¿Qué te hace creer que aceptase tu ayuda esta vez?

—No la mía, sino la de mi padrastro. Cuando él se interesa por un hombre, es que ve posibilidades en él y quiere sacarle el jugo. Tú no eres de esos.

Suspiré porque empezaba a cansarme de aquel juego.

—Vayamos al grano, muñeca. ¿Quién es tu papi y qué quiere concretamente de mí?

—Tú debes haber oído hablar de él..., de sus grandes negocios a escala mundial... Se llama Bruce Warry, ¿sabes?

Me puse tan tenso que ella lo advirtió y ladeó la cara para mirarme la mía. Con ello, sus labios rozaron mi mejilla y eso no contribuyó a arreglar las cosas.

Incliné la cabeza y aplasté sus labios bajo los míos con violencia. Se dejó caer hacia atrás y rodeó mi cuello con sus brazos.

No sé por qué lo hice. Fue una reacción nerviosa quizá, pero que en unos segundos se convirtió en algo mucho más grave, porque el beso con que respondió fue una llamarada capaz de incendiar un lago helado.

—Querido, querido —musitó.

—Escucha, Jamie...

—No hables, tonto...

Su boca era un abismo y me dejé caer en él. Pero había una leve señal de alarma en el fondo de mi mente que me obligó a reaccionar al cabo de unos minutos. La aparté suavemente y ella suspiró, recostándose en el diván con absoluto abandono.

—¿Cuándo quiere verme tu padre?

—No lo estropees ahora, querido...

—Mira, primor, yo también quiero entrevistarme con Bruce Warry cuanto antes.

Suspiró, incorporándose. Su vestido estaba en desorden y a ella no parecía importarle la extensión de anatomía que dejaba al descubierto.

—Podría enamorarme de ti como una tonta —murmuró, alisándose los largos cabellos—. Eso podría ser muy malo... o muy bueno, según.

Me levanté. Ella siguió quieta, mirándose.

—Sabes que tu padrastro es un individuo de cuidado, ¿no es cierto, Jamie?

—¿Hay alguien absolutamente decente en estos tiempos?

—Pero él se pasó de la raya. Tiene una reputación que apesta. Encogiéndose de hombros, comentó:

—¿Y qué con eso? Es un hombre de grandes negocios. Aquí y en todo el mundo. Maneja grandes intereses de costa a costa. Su nombre va unido a empresas del Gobierno algunas veces... ¿Por qué he de preocuparme cómo consigue sus éxitos?

—Cierto —dije—, ¿por qué habría de preocuparse usted? Gracias a los sucios negocios usted obtiene todo el dinero que puede apetecer y con él sus caprichos, por costosos que sean...

—¿Qué sabe usted de mis caprichos?

—Antes nos tuteábamos.

—Antes no habías dicho esas cosas tan desagradables.

Fui al armario y saqué la maleta. Entretanto, dije:

—¿Sabe quién era Dolly Drago?

—Oí ese nombre hace tiempo. Y he leído los periódicos de ayer y hoy.

Me volví y dejé la maleta sobre la cama, abriéndola con la llave.

—Yo creo que fue Bruce Warry quien mandó matarla, Jamie..., y lo hicieron de la manera más sucia que pudieron imaginar para destrozarse a una mujer.

—¡El no...!

—¿Qué sabes tú?

—El la quiso, hasta que ella huyó. Desde entonces, nunca volvió a saber nada de esa mujer.

Saqué algunas prendas de ropa y de abajo de todo, la vieja pistola «Mauser», que había viajado conmigo durante los últimos años.

Ella me observaba con los ojos dilatados, en silencio.

Saqué el cargador y lo rellené de cartuchos. Introduje uno en la cámara, ajusté el cargador y puse el seguro. Después la miré.

—Ahora podemos ir a visitar a tu querido papá, querida nena.

Se levantó poco a poco y vino hacia mi ondulante como una serpiente.

—Donald...

Su voz era mucho más baja y ronca que antes.

—Dime.

—Cuando me besaste...

—¿Qué?

—¿Pensabas que besándome podrías utilizarme para tus fines?

—No. Te besé porque lo deseaba. Y ha sido una experiencia que no olvidaré fácilmente.

Sonrió de nuevo en otra desconcertante pirueta de su carácter endiabladamente complicado.

—Me ocuparé de que no lo olvides...

Se empujó sobre las puntas de los pies. Su boca ardía cuando me besó. Sentí sus manos en mi nuca cuando se colgó de mí.

Después, salimos y ella no mencionó para nada la pistola que yo llevaba en el cinto, ni la circunstancia de que aquella pistola fuera precisamente mi tarjeta de presentación para su padrastro.

—Iremos en mi coche —dijo cuando estuvimos en la acera, enlazados de la cintura como dos amantes—. Luego te traeré de vuelta.

—¿Estás segura de que tu padre estará dispuesto a dejarme volver... vivo?

Se estremeció.

—Qué cosas idiotas se te ocurren, amor. El no es de esta clase de hombres, a pesar de lo que tú crees.

—O eres mucho más tonta de lo que aparentas, o equivocaste el rumbo, primor. Podrías ser una excelente actriz.

Nos detuvimos junto a un despampanante «Rolls Royce» último modelo. Un coche de veinte mil dólares, descapotable, escandaloso en medio de los pobres carromatos de Detroit.

Ella lo apartó de la acera. Conducía con seguridad y el acorazado se movía tan suavemente que uno necesitaba concentrarse para estar seguro de que avanzaba.

Acaricié la culata de la pistola y recostándome en el asiento le dejé la iniciativa.

CAPÍTULO VI

Bruce Warry no tenía nada de terrorífico, excepto los dos gorilas que guardaban la puerta por la que entramos. Era un hombre rechoncho, de doble papada y ojos brillantes y diminutos. Su boca débil trataba de ocultar una mueca sardónica impresa en su rostro de manera permanente.

Jamie le besó ligeramente en la mejilla.

—Hube de esperar —le informó—. Pero te dije que le traería y aquí está.

—Nadie puede resistir tus ruegos, preciosa mía —rió y su risa resultó un graznido que estremeció sus papadas.

—Lleva una pistola —anunció la muchacha—. Al parecer piensa que corre algún peligro, tiene unas ideas muy extrañas respecto a ti.

—¡Qué cosas! Déjanos solos ahora, pequeña, mientras tratamos de negocios.

—Sí... Oh, casi lo olvido. Le he traído en mi coche y le prometí que le devolvería a su hotel cuando terminase vuestra conferencia.

Salió sin una palabra más, pero los dos guardaespaldas se quedaron dentro del regio despacho.

—Siéntese, Mackenzie —dijo amistosamente—. Usted y yo tenemos muchas cosas de qué hablar.

—No lo creo..., a menos que hablemos a solas. Esos dos gorilas a mi espalda me ponen nervioso.

—No oyen nada, no ven nada. Tranquilícese.

—No me tranquilizo. Y podría disparar diez veces contra usted antes que ninguno de ellos pudiera evitarlo, así que no le sirven de nada ahí plantados. Mándelos al demonio si hemos de tener la entrevista en paz.

Titubeó, sacudiendo la cabeza de un lado a otro como con pesar. Luego hizo una seña y los dos mastodontes abandonaron silenciosamente el despacho.

—Ahora está usted a gusto —dijo—. No crea que me preocupa esa pistola.

—Tampoco me preocupa a mí.

Sonrió.

—Usted es un tipo vivo, Mackenzie. Apuesto que es inteligente y que tiene una gran experiencia de la vida.

—No puedo quejarme.

—He recopilado su historial antes de llamarle.

—Por lo visto, eso es de interés general estos últimos días. La policía reunió hasta el último detalle de mi pasado.

—Lógico, por supuesto. Bueno, por lo que a mí respecta, siempre procuro saber con qué clase de gente debo tratar. Con usted la cosa resultó relativamente fácil.

—No hay secretos en mi vida —dije con soma.

—No, ya lo comprobé. Usted es una especie de aventurero experto en explotaciones petroleras. Ha ganado algún dinero y ahora se encuentra de vacaciones forzosas a causa de su última escaramuza con una patrulla de soldados judíos...

—Un poco más y podrá decirme qué número de calzado es el que uso.

—Hablemos en serio, usted consiguió reunir unos miles de dólares, Mackenzie, a costa de trabajar durante unos años, arriesgando la vida en países revueltos. ¿Me equivoco?

—Usted sabe que no.

—Yo le ofrezco cien mil dólares al contado.

Me enderecé en el asiento, atónito.

—¿Cien mil dólares contantes y sonantes? —balbuceé.

—Eso he dicho.

—¿A cambio de qué?

Suspiró, arrellanándose en el sillón, que crujió bajo su peso.

—Quiero saber qué le dijo Dolly mientras estuvo con usted en el coche. O qué le entregó, si es que le dio alguna cosa... Y quiero averiguar cómo eran los tipos que le atacaron. Todo esto a cambio de cien mil dólares.

—Usted está loco. Los hombres que nos atacaron fueron «sus» hombres...

—No sea estúpido —gruñó, disgustado—. La gente de la que yo puedo disponer nunca habría hecho una chapuza tan burda. Son

excelentes «expertos».

—Expertos del crimen.

Se encogió de hombros.

—Eso son simples definiciones —rezongó—. ¿Qué le parece mi oferta?

—Cien mil pavos son una montaña de dinero, efectivamente.

—¿Y bien?

—No sirven esta vez. No sé nada de lo que usted quiere averiguar.

—Piénselo, Mackenzie...

Su voz había cambiado. Era fría, amenazadora.

—No necesito pensarlo. Ella sólo habló de que había escapado de un lugar donde la tenían desnuda, precisamente para que no pudiera huir. Eso fue todo.

—No le creo, muchacho. Viajaron un buen rato juntos...

—Pero, bueno, Warry, ¿qué demonios es eso tan importante que andan buscando? Aquellos salvajes casi la despedazaron y ahora usted me ofrece cien mil dólares por nada.

—No acostumbro a dar explicaciones. Trate de recordar, Mackenzie.

—Lo recuerdo todo a la perfección. Ella sólo dijo que quienes la perseguían eran gangsters..., asesinos a sueldo. Mencionó también a la Mafia, por si eso le interesa.

—Todo el mundo hablaba de la Mafia hoy día —gruñó despectivo—, pero nadie sabe exactamente qué es esa organización.

—Pero usted sí la conoce. Forma parte de ella.

Sus ojos chispearon.

—No vaya usted demasiado lejos, Mackenzie —me advirtió con calma—. Mi interés en este asunto es puramente personal.

—Usted es quien lo dice.

—En cambio, usted dice muy poco de lo que yo quiero oír. Descríbame a los pistoleros que le asaltaron.

—Aquí tampoco adelantaremos nada. Ni siquiera pude verlos. Estábamos en medio de la oscuridad, luchando y tenía otras cosas de que ocuparme para prestar atención a sus caras, aunque las hubiera visto.

—Está echando cien mil dólares por la ventana, Mackenzie.

—Lo crea usted o no, lo lamento de veras.

—¿Y el coche?

—¿Cuál, el mío?

—No, ya sé que el suyo lo volaron con una carga de «plástico» cerca del hotel en que se aloja.

—Apuesto que conoce usted también al hijo de perra que hizo ese trabajo.

—No vuelva a las andadas. Me refiero al coche que utilizaban los asaltantes.

—Era un gran sedán negro, probablemente un «Cadillac». No pude ver sus placas, porque cuando pasó junto al mío lo hizo a gran velocidad. Y después, cuando volví a verlo en la curva, tenía todas sus luces apagadas.

Reflexionó durante un tiempo, abstraído como si estuviera en profunda y grave meditación. Encendí un cigarrillo y lo observé, maravillándome de que aquella bola de sebo fuera uno de los criminales más poderosos de todos los tiempos. Un tipo que podía dar lecciones al propio Costello y sus atláteres.

Pensé que había algo que habría podido decirle, pero igual que hice con el teniente, calle porque era un detalle insignificante, pero que en un momento dado se convertiría en mi triunfo, y para alguien significaría una bala en las tripas.

Una bala de mi propia «Mauser».

El se removió en su asiento y dijo, pensativo:

—Me pregunto si me ha dicho usted la verdad, Mackenzie.

—Ésa es una preocupación suya.

—Detesto las preocupaciones. Mentirme trae malas consecuencias.

—No me amenace. Si ha estudiado mi historial debería saber que eso no le llevará a ninguna parte.

—Lo sé. Es usted uno de los pocos tipos que me han desconcertado en mi larga vida... No logro clasificarlo. Pero eso no interesa ahora. ¿No le habló de su hermana?

Hube de hacer una pirueta mental para adaptarme al nuevo cambio de tema.

—¿Qué hermana?

—Dolly tenía una hermana. Desapareció casi al mismo tiempo que ella.

—No dijo nada de eso. Ya le he contado...

—Está bien, está bien —me interrumpió bruscamente—. Eso es todo. Encontrará a Jamie en el bar seguramente.

Eso terminaba con la entrevista. Me sorprendió descubrir que me sentía desconcertado, sin saber a qué atenerme respecto a aquel tipo fofo, bajo cuya grasa escondía un alma ruin y miserable, capaz de todas las salvajadas.

Me encaminé a la puerta. Antes de abrirla, me volví y dije:

—No pude ver a ninguno de los asaltantes, Warry..., pero por lo menos a uno de ellos estoy seguro de cazarlo algún día. Y entonces le mataré. A él y al puerco que le pagó.

—¡Escuche...!

Abrí la puerta. Fuera, los dos guardaespaldas dieron un respingo y me observaron con actitud sospechosa.

Les recorrí con la mirada de la cabeza a los pies. Sobre todo observé sus pies.

Eran altos, fuertes y rudos. Silenciosos y eficientes en su trabajo.

Ellos entraron en el despacho y la puerta se cerró.

Recorrí el largo pasillo y desemboqué en el vestíbulo. Había una puerta abierta y la luz se desparramaba por ella.

Entré y allí estaba Jamie, bebiendo encaramada a un altísimo taburete. Había un espléndido bar adosado a un rincón. Una música suave se desparramaba de un gigantesco aparato de alta fidelidad.

—Ven aquí, querido —susurró—. Bebe y ámame esta noche, ya que sigues vivo.

—Tienes un podrido sentido del humor.

Me encaramé a su lado, alargué la mano y me apoderé de una botella y un vaso. Bebí y encendí un cigarrillo sin que en todo este tiempo ella despegara los labios.

Al fin dijo:

—¿Qué quería?

—Tú deberías saberlo.

—Pero lo ignoro. No me confía sus negocios.

—Al parecer la desconfianza es mutua. ¿Por qué le advertiste que llevaba una pistola?

—¿Te la quitaron sus perros de presa?

—No.

—Entonces, no te quejes. Le debo cierta lealtad, aunque sólo sea por el dinero que me facilita y la libertad absoluta que me concede.

—¿Tanto dinero manejas?

Se encogió de hombros.

—El dinero es una cosa relativa. Tengo para vivir bien..., pero una siempre quiere tener más. No importa —se encogió de hombros, risueña—. Esta noche no quiero pensar en cosas materiales.

Volví a llenar mi vaso y lo saboreé. Era un *whisky* de una calidad poco común.

—Tu padrastro quiere encontrar a los tipos que mataron a Dolly... y también deseaba saber qué fue lo que ella me confió mientras viajamos juntos.

—¿Y se lo dijiste?

—Nones.

Suspiró.

—Estás jugando con fuego, amor mío.

—El fuego lo encontré en tu boca, Jamie.

—Sigue ardiendo ahí, Donald, querido..., esta noche deseo que lo apagues tú.

—Sí.

Sonrió. Oímos voces en el vestíbulo. Una puerta se cerró en alguna parte y luego silencio otra vez.

—Vámonos de aquí —decidió ella de pronto—. Para nosotros, la noche sólo ha empezado.

Apuré el vaso y la seguí al exterior. El fabuloso coche esperaba en la explanada, entre los otros que viera al llegar. Era como un diamante en medio de un estercolero.

Nos dirigimos a la ciudad. Durante el trayecto apenas cambiamos una palabra, de modo que pude dedicarme a pensar con calma.

Fue durante ese silencio que descubrí los faros que venían siguiéndonos, manteniéndose a distancia.

Me enderecé en el asiento y estuve atento a aquel coche, hasta adquirir el total convencimiento de que nos seguían las huellas.

—¿Te has detenido a pensar que tu papaíto puede tener algunos ases escondidos en la manga, cariño?

—¿De qué estás hablando?

—Sus perros de presa nos vienen pisando los talones.

Dio un respingo en el asiento y miró por el retrovisor.

—¿Quieres decir que nos siguen?

—Seguro.

Palideció de un modo alarmante. Me chocó aquello, porque en todo caso el único que tenía motivos para inquietarse era yo. Los pistoleros de Warry jamás le harían daño a ella.

Aceleró un poco y torció a la izquierda en el primer cruce. Los faros siguieron pegados a nosotros de modo implacable.

—Es cierto —musitó.

—Dobla la esquina en la primera calle estrecha que encuentres y para el coche atravesado en medio de la calzada. Ése es el truco que ellos emplearon la otra vez... Ahora me toca a mi jugar este envite.

—¡Estás loco...! ¿Crees que se detendrán?

—Puedes estar segura. No creo que pasen por encima de este acorazado. Haz lo que te digo..., a menos que empiece el tiroteo aquí mismo.

—Escucha, Donald...

—¡Maldita sea! ¿Quieres hacerme caso aunque sólo sea por esta vez?

Vio la pistola en mi mano y se estremeció.

—Está bien...

Aceleró bruscamente y recorrimos algunas manzanas en medio del reducido tráfico. De pronto apareció una calleja estrecha y Jamie demostró un dominio absoluto del volante al introducir el enorme vehículo por ella. Avanzó unas yardas, dio un brusco giro y detuvo el motor.

—¡Abajo y apaga las luces! ¡Métete en el portal y no te muevas pase lo que pase!

Saltamos del coche a oscuras. El que venía siguiéndonos dobló la esquina con un chillido de neumáticos. Luego, chillaron todavía más cuando el conductor hundió el freno hasta abajo para evitar el choque con la mole de acero que cerraba el paso.

Apenas el coche se había detenido cuando se abrió la portezuela del lado derecho. Salté hacia ella y le hundí la pistola en la barriga del tipo que se disponía a saltar fuera del coche.

—Despacio, camarada —le advertí—. Y tú, no apartes las manos del volante... ¡Demonio, los dos gorilas!

En efecto, los ocupantes del auto eran los dos guardaespaldas de Bruce Warry que le custodiaban en su despacho.

Ambos estaban paralizados, como si no supieran qué debían hacer. Me miraban con ojos inquietos, y sólo salieron de su estupor cuando llamé a la muchacha y la vieron aproximarse.

—Tu papaíto no parece confiar demasiado en tus dotes persuasivas, primor... ¿Conoces a nuestros amigos?

Estaba tan pálida como la muerte. Con voz apenas audible, murmuró:

—Déjalos que se vayan, Donald...

—No faltaba más...

Aparté la pistola y cerré la portezuela. El chofer no esperó instrucciones. Dio marcha atrás y en unos segundos había desaparecido.

—Bueno, ahora, puedes seguirlos de vuelta al hogar, nena.

Ella me miró sin comprender.

—Donald...

—Lárgate, primor. Sigue a ese coche y regresa junto a tu fuente de ingresos. No necesito que me vigilen, ni de cerca ni de lejos. De modo que una noche de amor, ¿eh? Ámame mientras te controlo..., el fuego de tus labios y todo eso... ¿De veras creíste que era idiota, nena?

—¡Donald, no...!

—Largo, nena. Me gusta andar de noche.

La dejé plantada allí, paralizada de estupor. Cuando doblé la esquina, la oí llamarme, pero no me detuve.

Estaba a la mitad de la manzana cuando el «Rolls» me pasó como una exhalación, perdiéndose igual que un lujoso fantasma.

Anduve calles y calles hasta el hotel. El recepcionista era otro, pero la situación se repitió casi exactamente.

—Una mujer ha telefoneado varias veces tratando de hablar con usted —me anunció al entregarme la llave.

—Bueno, eso no es ninguna novedad.

Le dejé preguntándose qué clase de veneno había bebido aquella noche. Por mi parte, sólo me pregunté si también esa nueva dama estaría en mi cuarto esperándome.

Pero no había nadie, de modo que cerré cuidadosamente la puerta y las ventanas, me acosté y quedé dormido al instante.

Pero ni siquiera dormido me separé de la pistola.

CAPÍTULO VII

El teléfono me arrancó bruscamente del profundo sueño en que me hallaba sumido. Parpadeé al descubrir la luz que penetraba por la ventana.

Tanteé hasta encontrar el auricular y el estrépito cesó.

—¡Hable! —Gruñí de mal talante.

—¿Es usted Donald Mackenzie?

—Seguro.

Era una voz de mujer. En los primeros instantes pensé que se trataba de Jamie. Luego, ella se encargó de rectificar mi error.

—Quiero hablar con usted —dijo—. Aunque no me conoce, le interesa verme...

—Eso depende.

—¿Dónde y cuándo, señor Mackenzie?

—Primero dígame quién es y luego decidiré.

—No por teléfono. Es peligroso.

—Entonces, buenos días. Ya me despertó y eso es lo máximo que estoy dispuesto a tolerarle a una desconocida.

Colgué de golpe, recogí la pistola que se había deslizado entre las sábanas y me senté sobre la cama, poniendo un poco de orden a mis ideas.

Estaba bajo la ducha cuando el teléfono volvió a escandalizar. Lo dejé que se desgañitara hasta que calló.

Después de vestirme y de acomodar la pistola en el cinto, llegué a la conclusión de que se imponía una charla con el teniente.

Estaba llegando a la puerta cuando el teléfono volvió a dar ruidosas señales de vida. Volví atrás y lo descolgué de un zarpazo.

—¡Mackenzie al habla! ¿Qué le ha ocurrido ahora?

—Todd Street, número once. Dentro de una hora.

Era la misma voz de antes. No me dio tiempo a responder. Colgó y eso fue todo.

Lo hice a mi vez, pensativo. Al fin salí del hotel, tomé un taxi, recordando que debería ponerme en contacto con la compañía de seguros para reclamar sobre la destrucción de mi cacharro.

El taxista gruñó una pregunta.

—A la Jefatura de policía.

Volvió a gruñir y puso el auto en movimiento.

Traté de averiguar si alguien nos seguía, pero entre el compacto bloque de coches que se apelotonaban en la calle era imposible.

El teniente Chalice tenía cara de sueño cuando me recibió en su despacho.

—Siéntese. ¿Ha tenido más dificultades? —preguntó, apoyando los codos sobre la mesa.

—Sí y no. Bruce Warry me mandó llamar anoche.

Dio tal salto que por poco no derribó el sillón.

—¿Y sigue usted vivo? —bufó—. No lo entiendo.

Le referí todo lo sucedido, excepto detalles del encuentro entre Jamie y yo. Los policías no tienen sentido del humor.

—Eso parece descartarlo, ¿no cree?

—Pudo ser una cortina de humo para tenerme controlado. No olvide que sus dos guardaespaldas nos siguieron a su hijastra y a mí cuando regresaba a la ciudad.

—Eso es un contrasentido, hombre.

—¿Dónde está el contrasentido?

—El hecho de que ella estuviera con usted ya era un sistema de mantenerlo bajo control. ¿Por qué mandar a sus dos mastines entonces?

—Bueno, ya pensé en eso. Quizá no se fía de la bella sirena.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No encaja... Cualquiera diría que la chica estaba haciendo su propio juego. Iba a dejarle en el hotel y Warry lo sabía. Pero quería estar seguro de que usted no emprendía nada por su cuenta, y si lo hacía, quería saber qué era lo que hacía y dónde.

—Sea como sea, así fue cómo sucedió... Y hay algo más... Usted no me dijo que Dolly tenía una hermana.

Suspiró, encogiendo los hombros.

—¿Le habló Warry de ella?

—Sí.

—Bueno, esa chica se esfumó poco después que Dolly

desapareciera. Hemos averiguado que abandonó a Warry cuando éste decidió que ya la había mantenido demasiado tiempo.

—¿Y nadie volvió a verla?

—En absoluto. Y tampoco a la hermana, que sigue sin aparecer, a pesar de que, si está en la ciudad, o en el Estado, debe haber leído en los periódicos que su hermana ha muerto.

—Quizá ella también esté asustada.

—No me sorprendería. Es un lío de todos los demonios...

—Ahora ya sabe cómo están las cosas, teniente. No cabe duda que Bruce Warry está muy interesado en averiguar qué es lo que ella me dijo, o lo que es lo mismo, quiere saber qué tenía ella que le vuelve loco de inquietud hasta el extremo de ofrecirme cien mil dólares.

—Me gustaría apretarle las clavijas a ese bastardo...

—Pero no puede hacerlo —reí entre dientes—. Influencias políticas de toda clase, poder y millones, y organizaciones criminales guardándole las espaldas. ¿Es eso lo que está pensando?

—Poco más o menos.

—Bueno, yo no estoy obligado a respetar nada de eso teniente. Y a quien aporrearon fue a mí.

Me encaminé a la puerta. El refunfuñó desde la mesa:

—Le veré en la Morgue, Mackenzie.

—En todo caso, me verá bien acompañado.

Salí del edificio. Tampoco esta vez pude descubrir a los posibles espías. Compré un periódico a un vendedor y me instalé en un taxi, ordenando al chofer que me llevase a Todd Street.

Durante el trayecto leí los titulares. Algunos resultaban cómicos, al hablar pomposamente de la ley y el orden.

En otro lugar, un reportero había creído alcanzar la gloria hablando de la Mafia y demás organizaciones afines. Según él, los podridos cabecillas estaban en dificultades debido a las inquebrantables medidas antidroga puestas en práctica últimamente por los muchachos de Washington. Necesitaban fondos en gran escala y pronto.

Sentí tentaciones de reír. Cuando aquélla estuviera en dificultades, el resto de la nación estaría en la ruina.

—¿A qué número de esta calle, amigo?

Volví a la realidad.

—Siga hasta la siguiente esquina, métase por ella y deténgase.

—Está bien.

Lo hizo, pagué y esperé a perderlo de vista.

Era una calle tranquila, con algunos coches estacionados a lo largo de las aceras, pequeños jardincitos en los que había columpios y juguetes esparcidos a voleo, críos chillando y mujeres ocupadas en sus quehaceres domésticos.

Recorrí la acera hasta localizar el número que buscaba. Era una casa pequeña, limpia, muy semejante a las demás. En el jardín de reducidas dimensiones no había juguetes ni columpios, sólo el césped bien cuidado.

Cuando me aproximé a la valla de madera, me pareció advertir que una cortina se movía casi imperceptiblemente en la ventana más grande. Entré y recorrí el sendero hasta la puerta, donde llamé.

Se abrió casi al instante y una voz de mujer susurró:

—¡Entre, aprisa!

Me colé dentro con la mano muy cerca de la pistola. Pero la muchacha estaba sola.

Y al primer vistazo advertí que era una dama de calidad. De estatura mediana, su cuerpo tenía una elegante suavidad de líneas sugerentes y cautivadoras. Su cintura y caderas habrían hecho la felicidad de esos tipos que se dedican a la publicidad de prendas íntimas de mujer, y las largas piernas poseían el fino trazado que sólo se ve en los anuncios de medias de alto precio.

—Usted es Mackenzie —dijo con voz contenida.

—Nadie lo ha negado. Ahora dígame quién es usted.

—Venga...

La seguí al interior de la vivienda. Su cuerpo se movía con una gracia natural, como si apenas rozara el suelo con los pies. Si uno subía la mirada hasta su rostro, tropezaba con un busto agresivo, unos labios húmedos y acogedores y unos ojos verdes, llenos de miedo.

—Síntese... ¿Quiere algo de beber?

—Ahora, no, gracias. Todo lo que quiero saber es qué significa todo esto.

—Dolly Drago era mi hermana.

—Lo sospeché desde que me llamó usted. Y casi estoy seguro también de lo que pretende con esta entrevista.

—Siga...

—Pierde su tiempo, como lo perdieron los demás. Dolly no me reveló ningún secreto, no me dijo nada de interés. Tampoco me entregó objeto alguno, como alguien parece pensar.

Ella asintió en silencio, como si eso encajara con sus ideas. Después murmuró:

—Yo... sólo quería saber qué sucedió en realidad, qué pasó con Dolly. La última vez que la vi era un manojo de nervios desatados acuciada por el terror a algo inconcreto que no quiso revelarme. Después, desapareció y ya no supe nada más hasta que leí los periódicos.

—Miente, linda.

—¿Cómo se atreve...?

—Miente usted, por supuesto. Nadie se esconde como una liebre sin un motivo muy concreto, y usted se ocultó entonces.

Me dio la espalda y estuvo unos segundos inmóvil, de cara a la ventana que daba a la parte lateral del jardín. En el de la casa más próxima dos chiquillos vivían una aventura de cow-boys

y pieles rojas equipados y armados hasta los dientes.

Sin moverse, dijo:

—Según los periódicos, usted luchó por ella...

—Es cierto, pero no pude evitar lo que le hicieron.

Pude notar su estremecimiento.

—Los reportajes no especificaban nada de eso... ¿Cómo sucedió?

—Hay cosas que no pueden publicarse en letras de molde...

—Quiero saberlo.

—Olvídelo. Ya no tiene arreglo y es algo demasiado sucio y brutal para hablar de ello.

Se volvió poco a poco. Sus ojos estaban húmedos, pero el miedo había desaparecido para dejar paso al rencor más absoluto.

—¡Quiero saberlo! —insistió—. Es un modo de odiar más profundamente todavía.

—Está bien.

Así es que se lo conté con todo detalle. Estuvo a punto de desmayarse. Se tambaleó y llegué a tiempo de sostenerla ayudándola a llegar hasta una butaca en la que se hundió.

Estalló en sollozos y se cubrió la cara con las manos. Bueno, ella

lo había querido. Encendí un cigarrillo y ocupé su puesto cerca de la ventana, contemplando la enconada persecución del valiente cow-boy

por el feroz piel roja. Sus aullidos resonaban en el tranquilo silencio de los jardines.

Detrás de mí solo había llanto y gemidos.

Esperé pacientemente.

De pronto, los aullidos del piel roja cesaron. Los dos valientes luchadores del bravo Oeste corrían hacia una puerta donde una mujer esperaba con sendas raciones de algo que despertaba más interés que la pelea.

Todo el exterior quedó silencioso y desierto. Aquélla era una vecindad pacífica y rutinaria, el mejor escondite para una mujer que desea apartarse de los ambientes enrarecidos del vicio y el crimen.

Y entonces aparecieron los tres hombres más allá de los jardines y un timbre de alarma comenzó a repicar en mis sentidos.

Retrocedí, apartándome de la ventana, pero manteniéndome de modo que pudiera ver a los tres desconocidos. Avanzaban por la acera sin cambiar una palabra, tranquilos y seguros. Cualquiera habría podido tomarlos por lo que no eran...

—Venga aquí —dije abruptamente.

Contuvo los sollozos y se levantó, vacilante.

Le sujeté por el codo y señalé hacia afuera.

—¿Ha visto a alguno de esos tres tipos antes de ahora?

Los miró. Noté cómo se ponía rígida.

—A uno de ellos sí... Es un vendedor que estuvo aquí ayer.

—Un vendedor de muerte, en todo caso.

—Se dirigen hacia aquí...

—Vamos a otra ventana donde podamos ver la parte delantera.

—¿Cree que...?

—No haga preguntas y apresúrese.

Me llevó hasta una sala desde cuyo ventanal se divisaba la calle y la parte delantera del jardín. Atisbé por un resquicio de las cortinas y di un respingo.

—¡Sólo quedan dos! —dije rechinando los dientes.

Se detuvieron ante la valla, esperando, dando tiempo al otro a rodear la casa.

—Pronto, ocúltese donde no puedan herirla si disparan.

Enfrentada al peligro, se portó mejor de lo que yo esperaba.

—El cuarto de baño —musitó—. Pero ¿y usted?

—Hay que detener al que se apresta a entrar por detrás... Si atacan, no se mueva. Ya se encargarán los vecinos de llamar a la policía.

Corrí hacia la estancia en que habíamos mantenido la charla.

Lo hice a tiempo. El hombre había pasado una pierna por el alféizar de la ventana abierta. Empuñaba una pistola provista de silenciador y no se alegró precisamente al verme.

Levantó el arma cuando yo tiraba del gatillo de la mía. El estampido semejó un trueno y la bala le arrancó del ventanal, tirándole al jardín dando tumbos.

Le solté otro tiro sólo para estar seguro de que no podría atacarme por la espalda. En la casa de al lado una mujer chilló emulando los aullidos de sus hijos en su pasada batalla de razas.

Retrocedí apresuradamente, ahora con algunas precauciones adicionales, porque estaba seguro de que los disparos habrían alertado a los otros dos.

Uno acababa de romper el cristal de la ventana de la sala y su mano tanteaba en busca del cierre para abrirla. Detrás de él, el otro lanzó un grito de advertencia y disparó, todo a un tiempo.

Forzado a disparar por encima de su compinche, la bala fue demasiado alta, incrustándose en la pared.

Me arrojé de cabeza al suelo, al tiempo que disparaba dos veces sin apuntar. El tipo que había roto el cristal encajó el plomo en alguna parte y comenzó a lamentarse a voz en grito, mientras desaparecía de mi vista.

El tercero afinó la puntería y su regalo de plomo zumbó a una pulgada de mi cabeza.

Rodando sobre mí mismo, salí de su línea de tiro. Los gritos del herido eran más débiles, pero rebosantes de premura y angustia. Entendí que le suplicaba al otro que le ayudara a escapar de allí.

Sonó otro apagado «plop» allá afuera. Los gritos del herido cesaron. Ahora ya no estaba herido.

Corrí agazapado hasta la ventana y llegué a tiempo de ver al asesino cómo se alejaba corriendo como un gamo. Le mandé un balazo, pero fallé debido a la distancia y a su movilidad. Cuando

quise rectificar la puntería había desaparecido.

Salté afuera y comprobé que el tipo que quedaba allí, estaba muerto. Una bala le había penetrado por encima del ojo derecho. La mía era la causa de que la sangre ensuciara su camisa en la parte baja del pecho.

Cuando regresé al interior se oían ya las sirenas de un autopatrulla. La muchacha apareció pálida como un sudario.

—¿Está usted herido? —gimió.

—No, que yo sepa... ¿Tiene un coche a mano?

—Está en el garaje, en la parte trasera...

—No sirve. Llevaría demasiado tiempo sacarlo... Vamos, hemos de largarnos de aquí antes de que la policía nos sorprenda.

—¿Por qué? Sólo nos hemos defendido.

Suspiré resignadamente. Un coche frenó violentamente en la calle.

—De todos modos, es demasiado tarde.

No les gustó encontrar dos cadáveres. A juzgar por su agresiva actitud para con nosotros, cualquiera habría creído que los muertos habían sido sus más queridos parientes.

El asunto se complicó cada vez más. Y hubiera podido convertirse en algo muy desagradable de no presentarse el teniente Chalice a tiempo de evitar mayores males.

Por primera vez, sentí una gran alegría al ver al policía, sólo que él no se alegró en absoluto de verme a mi metido a pistolero.

CAPÍTULO VIII

El interrogatorio en la Jefatura duró todo el día, aunque la verdad es que el teniente concentró sus esfuerzos en la muchacha.

Cuando decidió soltarla, yo estaba en un despacho vacío, fumando un cigarrillo del paquete y lleno de impaciencia. Fue el sargento Borman quien vino en mi rescate.

—El teniente quiere hablarle, Mackenzie —gruñó.

Chalice estaba recostado en su sillón. No se necesitaba ser ningún lince para advertir cuán cansado se encontraba.

La muchacha había sido escoltada hasta una pequeña sala de espera, de modo que el teniente estaba solo cuando entré.

—Le dije que se mantuviera al margen de este lío, Mackenzie, ¿lo recuerda?

—Sí, claro que lo recuerdo. Y también creo recordar que sus planes eran utilizarme como cebo para esta cacería.

—Eso fue solo una idea. Lo suyo es algo más contundente. Dos fiambres en su cuenta, más el que despachó en la carretera, más otro al que partió la cara. Es todo un récord.

—Sería peor si el fiambre fuera yo, teniente.

—Eso queda por ver. Bien, al grano... ¿Qué hay entre esa chica y usted?

—Me sorprende, Chalice, de veras. La vi por primera vez minutos antes de que esos pistoleros atacaran la casa. Iban a por ella con toda seguridad, igual que hicieron con su hermana.

—Sólo que usted estaba allí. Muy oportuno.

—Fue una suerte.

—Me pregunto qué persigue usted realmente. Nadie arriesga el pellejo sólo por caballerosidad hacia una chica a la que apenas conoce...

—¿Caballerosidad? ¡Un cuerno, teniente! Al tiempo que la protegía a ella defendí también mi propio pellejo.

—Va a tener que defenderlo otras veces, y pronto, Mackenzie.

Lo contemplé, sorprendido, y él añadió:

—Estamos presionando a todos los soplones del hampa. El sargento es un especialista en sacarles información. Bueno, corre el rumor de que se han ofrecido dos mil dólares por su cabeza. Hay una pareja de matarifes buscándole o esperando que salgan de aquí.

—Bien, deténgalos y asunto concluido.

—Todavía no sabemos quiénes son, sólo su existencia nos es conocida. ¿Entiende?

—Seguro. Están preocupados y asustados, ésa es la verdad. Ya me dijo Bruce Warry que yo era un tipo que no encajaba en ninguno de sus casilleros. Antes de comprenderme prefiere verme muerto.

—Olvida que ese último atentado iba dirigido contra la chica...

—No lo olvido, pero yo me refiero a esa recompensa por mi cabeza. ¿Quién sino Warry puede haberla ofrecido?

Chalice asintió con un gesto.

—No podríamos probarlo en todos los días de su vida... ¿Piensa seguir ejerciendo las funciones de protector de muchachas desvalidas de ahora en adelante?

—Pienso hacer muchas cosas, teniente, y ésta puede ser una de ellas. Además, ella vale un pequeño sacrificio, ¿no cree?

Esbozó una sonrisa forzada y señalándome la puerta, dijo:

—Vaya a reunirse con ella, Mackenzie. Pero viva prevenido. Esta gente tarde o temprano acaban por conseguir siempre sus propósitos.

—Yo también.

Abandoné el despacho y fui en busca de la muchacha.

—¿Han terminado con usted? —preguntó, levantándose.

—Han terminado con los dos. Vamos, salgamos de aquí.

Nos alejamos del edificio uno al lado del otro, silenciosos, absortos. La noche había cerrado y las aceras estaban llenas de gente.

—Detesto las aglomeraciones —dije—. Tomaremos un taxi y buscaremos un lugar seguro en el que hablar con calma. Creo que mi hotel no es indicado en las actuales circunstancias, porque esos chacales sedientos de sangre saben que me alojo en él.

—Haré lo que usted diga..., estoy aturdida, asustada. Me siento

incapaz de pensar...

Tomamos un taxi y le indiqué al chófer que nos llevara a cualquier motel que hubiera en las afueras de la ciudad. El tipo nos lanzó una sospechosa mirada cargada de dudas. Luego, pensó en la propina y emprendió la marcha.

El motel no era gran cosa, pero tenía espaciosos apartamentos individuales, comodidades suficientes para justificar sus precios y un bar abierto toda la noche. Encargué unos emparedados monumentales y bebidas suficientes, que nos sirvieron mientras ella trataba de recomponer su tocado ante el espejo del dormitorio.

Lee comió sin apetito, fumó un cigarrillo y luego me miró, interrogante.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pasar cuentas. Lee —dije.

—No comprendo.

—Mira, nena, dejémonos de jugar al escondite. Todo este lío se inició cuando tu hermana dejó a Bruce Warry. El le dio el consabido puntapié cuando se cansó de Doll. Eso es algo que sucede irremisiblemente en este ambiente sucio en que ella se movió. Ahora bien, tu hermana introdujo algunas modificaciones en el programa.

—Sigo sin comprender adónde quieres ir a parar...

—Es tan sencillo como sumar dos y dos. Cuando Dolly se largó, lo hizo llevándose algo de gran valor. Ese algo, sea lo que sea, es lo que ahora andan buscando tan desesperadamente. No puede ser de otra manera, porque entonces nada de todo lo que ha ocurrido tendría sentido.

—Pero ellos la capturaron después... debieron recobrar lo que fuere que Dolly tenía...

—Tal vez no. Mientras estuvo prisionera, desprovista de ropas para que no pudiera huir, debieron presionarla sin llegar a la violencia porque ignoraban dónde estaba escondido lo que les interesaba, y si el escondite era en un lugar más o menos público, necesitaban a Dolly en condiciones más o menos presentables para que lo sacara.

—Entiendo...

—Al conseguir escapar decidieron liarse la manta a la cabeza y obtenerlo por la brava, sólo que al bastardo que la torturó se le fue

la mano antes de tiempo y ella murió.

—Eso tiene cierto sentido...

—Tú lo sabes mejor que nadie, primor, porque Dolly debió ponerte en antecedentes de todo el lío, obligándote a desaparecer de la circulación.

Acusó un vivo sobresalto. Sonreí sin alegría y añadí:

—Debe tratarse de algo importante para que se hayan arriesgado a tanto, Lee... Si te hubieran localizado antes, a estas horas estarías en iguales condiciones que tu hermanita.

—Yo no...

—Vamos, vamos, ya estamos bastante complicados en esto juntos para que vengas con evasivas. ¿Cuánto tiempo hace que Dolly dejó a Warry?

—Un año... casi.

—Eso es mucho tiempo para que la cosa siga oculta en algún lugar. ¿De qué se trata, primor?

—¡Pero si no lo sé! De veras, Donald..., nunca lo supe.

—Algo te reveló ella, de eso no cabe duda.

Guardó silencio casi un minuto. Después se decidió.

—Sólo me mostró una especie de placa de identificación...

—¿Una qué?

—Era una chapa metálica con un número grabado en ella. Tenía un agujero en un extremo... como esas placas de las llaves de hotel. Sólo que era mucho más pequeña... casi diminuta.

—¿Y qué te contó al respecto?

—Casi nada. Dijo que Warry le pagaría la despedida con creces. Aseguró que aquello tan sencillo representaba una fortuna... No me dijo nada más aquella vez.

Luego, unos días después, me llamó por teléfono. Estaba aterrorizada.

—Sigue, nena. Terminemos con eso de una vez.

—No podrás terminar con lo que te diga... Bueno, me dijo por teléfono que algo había salido mal... y que yo debía esconderme una temporada porque me buscarían. Habían averiguado que estuvo en mi casa unos días antes. Me asusté, naturalmente...

—Y te esfumaste de la circulación —comenté—. Hasta aquí está claro. Volvamos a esa placa de identificación. ¿Recuerdas la clase de números que tenía grabados?

—No... ni siquiera estoy muy segura de que fueran sólo números. Quizá había letras también... No lo sé —remachó con evidente desaliento.

—Espera un poco.

Le di un bolígrafo y un trozo de papel.

—Trata de dibujar esa chapa lo más exactamente posible, sobre todo guardando las proporciones. Intenta que sea el mismo tamaño que la que viste.

—¿Crees que eso servirá de algo?

—Pudiera ser.

Estuvo unos segundos meditabunda, inclinada sobre el papel. Luego, empezó a dibujar con mucha inseguridad en el trazo.

No consiguió ninguna obra de arte. Lo que aparecía en el papel tenía todas las apariencias de ser una vulgar chapa de identidad del ejército.

—Si por lo menos recordases si contenía un nombre grabado, adelantaríamos mucho.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Rompí el papel y lo dejé correr por el momento.

—Sea lo que sea, es algo que inquieta profundamente a Bruce Warry —comenté, pensativo—. Algo por lo que estaba dispuesto a pagar cien mil dólares uno encima del otro. Pero debe inquietar a alguien más, porque estoy convencido que los pistoleros que nos atacaron en la carretera no estaban bajo sus órdenes.

—Y ahora, ¿qué podemos hacer? La amenaza contra nosotros sigue en pie, Donald.

—Maldito si lo sé. Me queda la esperanza de que la policía pueda averiguar para quién trabajaba el pistolero que murió en el asalto en la carretera. Eso nos facilitaría las cosas, aun a riesgo de crearnos dificultades con el teniente Chalice. Pero hasta entonces, confieso que estoy a oscuras.

—¿Pasaremos la noche aquí, Donald?

—Por supuesto —la contemplé y sonreí—. Si temes por tu virtud, yo dormiré en el diván y tú podrás encerrarte con llave en el dormitorio.

—No estaba pensando en eso.

—¿En qué pensabas entonces?

No respondió enseguida. Levantándose, se desperezó

sensualmente y murmuró:

—En que no tengo ninguna intención de cerrar la puerta, Donald...

Y se fue hacia el dormitorio, dejando la puerta abierta de par en par.

Bien, la cosa resultó. No tuve que dormir en el diván.

CAPÍTULO IX

Lee canturreaba en la ducha cuando por la mañana descolgué el teléfono y llamé a Jefatura. La voz del teniente Chalice era la de alguien al borde de la tumba cuando respondió:

—¡Usted! —bufó—. ¿Dónde diablos se metió? He intentado localizarle durante toda la noche.

—¿Por qué, cazó al gran cerebro?

—Sabemos en qué nómina figuraba John Fowler, el pistolero que murió en el asalto... el tipo que después despeñaron para borrar las huellas del balazo en la cara.

—Eso es un paso importante, teniente.

—No lo sabe usted bien, Mackenzie... Fowler estaba en la nómina de Bruce Warry.

—Debí suponerlo... aunque a decir verdad siempre he estado convencido de que ese maldito sapo era quien manejaba los hilos de este embrollo. El gran bastardo estuvo a punto de convencerme...

—Hay algo más, Mackenzie...

—Adelante, está usted rebosante de sorpresas esta mañana.

—He intentado ponerme al habla con Warry... Ha desaparecido.

—No puede estar muy lejos, teniente.

—Quién sabe tratándose de peces tan gordos. Sus influencias comienzan a agitarse, se respira cierta inquietud en los círculos políticos. Dentro de poco, una legión de abogados caerán sobre nosotros como una plaga de langostas. ¿Dónde está usted ahora?

—Fuera de la ciudad.

—Con la chica, supongo.

Di un vistazo a la puerta entornada del cuarto de baño.

—Sí —dije—. Ella está a mi lado segura.

—Puedo imaginarlo. Cuídela... y cuídese usted, Mackenzie. El caso estallará en cualquier momento.

—Gracias por su interés —dije con sorna—, apuesto que mi

papel de cordero destinado al sacrificio ya no le entusiasma.

—La verdad es que estoy desconcertado. Eh, casi lo olvido; según los confidentes, la orden de cazarle sigue en pie. Le buscan para ganarse el premio de dos mil dólares.

—¿Vigilan mi hotel acaso?

—No; lo hemos comprobado regularmente en un intento de identificar a los matarifes. Pero no son tan idiotas de creer que usted irá allí a la vista del público.

—Tal como están las cosas esa gentuza deben andar locos detrás de mis huellas. Bueno, no importa mucho ahora... Échele el guante a Warry y el asunto habrá terminado.

—No pide usted nada, petrolero...

Colgó y yo hice lo mismo. Lee estaba en la puerta del baño, mirándome cuando me volví. Se había envuelto en una toalla y ésta resultaba excesivamente pequeña tanto por abajo como por arriba. Gracias a eso la muchacha formaba una imagen sugestiva en extremo.

—¿El teniente? —preguntó.

—Sí. Bruce Warry está en la lista de la policía. El pistolero que maté en la carretera estaba en su nómina.

—Nunca lo dudé.

—Yo sí.

—¿Cómo?

—Su forma de hablarme... y su comportamiento cuando estuve en su casa. Me confundieron, es así de sencillo. Pero ahora ha desaparecido.

Ella asintió y avanzó en busca de sus ropas. Se detuvo junto al lecho y me miró con reproche.

—Si fueses un caballero permitirías que me vistiera sin tener que preocuparme de tus voraces miradas.

—Afortunadamente, querida, no soy un caballero... Oh, está bien, está bien, tranquilízate.

Fui a ducharme mientras ella se vestía. Después, nos encaminamos al bar en busca de un desayuno.

Ella se quejó:

—Si esto ha de durar mucho necesitaría disponer de un ligero equipaje por lo menos.

—Compraremos lo que necesites...

—¿Dónde?

—En cualquier parte. ¿Por qué?

—Si hemos de ir a la ciudad podríamos ir también a mi casa y llevarnos lo que necesitase.

—Pueden tenerla vigilada, primor.

—¿Vigilan tu hotel acaso? He escuchado lo que hablabas por teléfono y entiendo que no. Esos criminales deben estar convencidos que estamos huyendo a mil millas de distancia.

CAPÍTULO X

Pasamos dos veces con el taxi por delante de su casa sin ver nada sospechoso. Los niños del jardín vecino debían haber establecido un tratado de paz, porque no estaban a la Vista, pero sus atuendos guerreros se balanceaban suavemente en el columpio.

Después de la segunda pasada el taxista indagó:

—¿Y ahora qué?

—Deténgase en la esquina —ordené.

Lo hizo. Pagué la carrera y nos dirigimos al jardín de Lee con un extraño hormigueo en los nervios.

—No están aquí, Donald —musitó, como si quisiera convencerse a sí misma.

—Tal vez no, pero recuerda que no se trata de aficionados.

Entramos. Al pasar junto al buzón ella dio un vistazo y retiró un sobre. Leyó el membrete mientras recorríamos el sendero hasta la puerta:

—Hopson y Cassidy, procuradores... Nunca oí hablar de ellos.

—Está bien, apresúrate.

Abrió la puerta con la llave. Dejó el sobre encima de una mesita y la escolté hasta su dormitorio. Mis dedos no se apartaban de la culata de la pistola en todo el tiempo.

Pero no sucedió nada. Ella apretujó un montón de ropas, en una maleta, la cerró y tío pudo contener un suspiro de alivio.

—Ya podemos marcharnos, Donald.

—No me gusta esta tranquilidad. Lógicamente, deberían haber previsto tu vuelta...

—No son tan listos después de todo. O quizá están asustados si saben que Bruce Warry está muerto.

—Esa gentuza no se asusta fácilmente. Además, ése es un monstruo de mil cabezas. Cortas una y salen diez más... Una organización con demasiado poder para que se desmantele sólo con

la muerte de uno de sus jefes.

Tomé la maleta con la mano izquierda y regresamos al vestíbulo. Maquinalmente, Lee recogió el sobre y salimos de la casa. Dentro de mi bolsillo no abandonaba la pistola ni un segundo.

Recorrimos un buen trecho de calle sin que sucediera nada. Pude cazar un taxi y nos acomodamos en él. El chofer volvió la cabeza, le di la dirección del motel y el tipo salió zumbando ante la perspectiva de la larga carrera.

—Abre ese sobre, nena. Una firma de procuradores siempre es una cosa que ofrece posibilidades.

—¿Posibilidades de qué? —preguntó.

—De disgustos.

Lo abrió y leyó la breve misiva. Le tenía el brazo pasado por los hombros y noté la súbita rigidez que la asaltó repentinamente.

—¿Qué pasa, disgustos realmente? —pregunté.

—¡Donald! Tienen el testamento de mi hermana...

Di un respingo y le arrebaté el sobre y la carta. Era cierto. Los abogados le notificaban que obraba en su poder un sobre sellado, que Dolly Drago les confió con el explícito encargo de no abrirlo, ni entregarlo a nadie mientras ella viviera, pero que si moría debía pasar a su hermana Lee en el plazo más breve posible.

Leí la dirección de la firma y le pedí al taxista que cambiase la ruta para llevamos al centro.

Lee susurró:

—¿Crees que será realmente un testamento?

—Cualquiera sabe... Tengo el presentimiento de que el contenido del sobre sellado puede ser la explicación a tanta muerte y tanta violencia.

Quince minutos más tarde, el taxi se detuvo ante un gigantesco edificio destinado a oficinas comerciales. Nos internamos por un vestíbulo inmenso, poblado por una legión de empleados apresurados y nerviosos.

El despacho de los abogados estaba en la undécima planta. Había una secretaria en la antesala aporreando incesantemente una máquina de escribir, pero la abandonó para prestarnos su atención. Lee le mostró la carta y la muchacha asintió.

—Tengan la amabilidad de aguardar unos minutos, por favor.

Desapareció tras una puerta y estuvo ausente un buen rato.

Cuando reapareció, una sonrisa profesional alegraba sus facciones más bien tensas.

—El señor Cassidy les recibirá ahora —anunció.

Cassidy era un hombre de cincuenta años, impecable, pálido y con ademanes pausados. Hablaba con una voz rica y con la misma entonación sonora que si estuviera ante un jurado.

—Siéntense... Lamento mucho la desgracia sufrida por su hermana —dijo, después de comprobar la personalidad de Lee.

—No fue una desgracia —rectifiqué—. Se trató de un sucio asesinato.

Me dirigió una mirada en la que había disgusto y desconcierto.

—Señor Mackenzie —dijo—, me sentiría más tranquilo si supiera en calidad de qué está usted presente en este acto...

—Lee me pidió que viniera. Y si está pensando en oponer algún reparo legal a mi asistencia a la lectura del testamento, vaya cambiando de idea.

—En primer lugar, no se trata propiamente de una lectura de testamento. Ni siquiera sabemos exactamente si se trata de un testamento, o sólo de unos documentos privados. Nuestras instrucciones son hacer entrega del sobre a la señorita Lee Drago, y eso es lo que voy a hacer. En cuanto a su presencia en este acto, señor Mackenzie, sólo quería estar seguro de que la señorita Drago la deseaba.

Ella asintió. Empecé a cansarme de su voz engolada, pero afortunadamente se dirigió a la enorme caja acorazada empotrada en el ángulo más lejano del despacho y manipuló en ella hasta conseguir abrirla.

Cuando regresó a la mesa lo hizo trayendo un sobre mediano, de grueso papel «manila», cuya solapa estaba asegurada por varios sellos de lacre rojo.

—Aquí tiene. Es usted libre de leerlo ahora, en este despacho, o cuando haya salido de aquí. Nuestra misión termina con este formulismo, señorita Drago.

Nerviosamente, Lee le dio vueltas al sobre entre sus manos. Después lo abrió con dedos que temblaban. Algo metálico cayó sobre la mesa al rasgar el papel.

El abogado alargó la mano, pero fui más veloz que él y me apoderé de la chapa de un zarpazo. Lee extrajo dos hojas de papel

escritas a mano y susurró:

—Es la letra de Dolly...

Di un vistazo a mi botín particular. Era una placa de identificación del ejército, tal como había sospechado cuando ella la dibujó.

Había un nombre grabado en ella, junto al número correspondiente y una fecha. El nombre era el de alguien llamado Arthur Grun.

—¡Donald! —jadeó Lee.

Me volví hacia ella. Estaba terriblemente pálida y asustada.

—¿Qué diablos te ocurre?

—Lee...

Leí, y casi me caí de espaldas. El abogado estaba sobre ascuas, devorado por la curiosidad.

Doblé los papeles y me los metí en el bolsillo. La despedida que nos dedicó el amigo Cassidy fue más bien fría, y la secretaria tampoco se mostró mucho más cordial.

Salimos al pasillo y allí Lee se aferró a mi brazo.

—¿Crees que sea cierto? —susurró.

—Estoy seguro de que sí. Sólo una cosa como ésta puede haber desencadenado esa matanza.

—Pobre Dolly... fue demasiado lejos.

—Sí...

—¿Vamos a entregarle esos papeles a la policía, Donald?

Lo pensé dos veces antes de acceder.

—De acuerdo —dije—, pero quiero estar presente en el instante crucial. Jamás he visto diez millones de dólares en diamantes, ni creo volver a verlos en toda mi vida. Será una experiencia que no olvidaré después, mientras viva.

Echamos a andar en busca del ascensor. Había uno detenido en aquella planta y entramos confiadamente.

En lugar del ascensorista había tres hombres en él. Los tres enseñaron los dientes en sendas sonrisas y sus pistolas nos dijeron que, al fin, habíamos caído en la trampa final.

—Tranquilo, Mackenzie —rebuznó el más grande—. No trate de hacer el papel de héroe o todas las balas harán filigranas en el cuerpo de su amiguita...

—Les felicito..., ha sido una jugarreta maestra.

—Seguro, seguro... Vigilábamos la casa de la niña. Vimos llegar al cartero y nos entró curiosidad...

El ascensor descendía rápidamente. Uno de ellos estaba despojándose de las hojas de papel. No sabían una palabra de la placa de identificación, de modo que no la buscaron, pero maldito si la necesitaban para obtener el botín más fabuloso de los últimos años.

El charlatán añadió:

—Leímos la carta, volvimos a cerrar el sobre con vapor y nos apostamos aquí, seguros que tarde o temprano acudiría la chica. Sólo a ella entregaría el abogado esos documentos... Bueno, salió bien, ¿eh?

Se echó a reír. Llegamos a la planta baja y las pistolas desaparecieron en sus bolsillos, pero siguieron tan mortíferas como cuando estaban a la vista.

—Un poco de alboroto y comenzaremos a disparar —nos advirtió el parlanchín.

El vestíbulo estaba lleno de gente, la mayoría dirigiéndose a la salida porque había terminado la jornada de trabajo. Nos mantuvimos apartados de la aglomeración y así salimos a la calle, con dos pistoleros escoltando a Lee, amenazadores, y el otro moviéndose a mi espalda.

Nos obligaron a subir a un coche estacionado más allá de la salida. El charlatán, con los papeles en su poder, dijo:

—Vigiladlos hasta que vuelva.

Se perdió entre el gentío.

Era una pesadilla estar rodeado de tanta gente y no poder solicitar su ayuda. Si hubiera estado solo quizá habría corrido el riesgo, pero ahora, con la muchacha junto a mí, era sentenciarla a muerte.

El charlatán tardó unos minutos en volver. Metió la cabeza por la ventanilla y gruñó:

—Dice que el tipo está armado. Si no es por la presencia de la chica la hacemos buena... nos hubiera armado una batalla campal...

Uno de ellos me abofeteó dos veces dentro del reducido espacio del coche. El otro me quitó la inútil pistola. Lee había representado para mí el dogal en torno a mi cuello.

—Tú, Alex, ven conmigo. Esos dos son suficientes para lo que tienen que hacer.

El tal Alex se apeó. Los otros refunfuñaron entre dientes.

El charlatán y Alex se fueron sin hacerles el menor caso. El coche arrancó mientras el pistolero que había quedado en el asiento posterior, junto a Lee, me acariciaba la nuca con su pistola.

—Tranquilo, amigo —me recomendó—. No quisiera ensuciar el coche con tus sesos, ¿entiendes?

—Seguro. Piensas esparcirlos en un lugar más discreto, ¿no es eso?

—¿Cómo lo adivinaste?

—¡Cállate ya! —Ladró el conductor, a mi lado.

Lee comenzó a sollozar, acurrucada en un rincón del asiento posterior. El pistolero rió entre dientes.

—Lástima que tengamos prisa —cacareó—. La chica es un bombón, Johnny...

Johnny soltó una obscenidad como si fuera un canto de alabanza al buen gusto de su compinche.

Salimos de la ciudad y el auto aumentó la velocidad considerablemente. El pistolero del asiento posterior estaba inclinado hacia adelante, satisfecho de sí mismo. Los sollozos de Lee habían cesado, pero por el rabillo del ojo pude ver que las lágrimas continuaban deslizándose por sus pálidas mejillas.

—¿Sabes una cosa, Mackenzie? —exclamó el tipo, detrás de mí—. Llegué a pensar que tenías establecido un trato con el diablo. Nunca vi a un tipo con tanta suerte como tú, de veras... nadie conseguía despacharte de ningún modo.

—Suerte se llama a eso —repliqué.

—Sí, suerte. ¿Dónde está tu suerte ahora?

El chofer volvió a gritar:

—¡Cállate de una vez!

Le presté más atención. Era un individuo delgado, de mejillas hundidas y ojos alucinados rodeados de círculos oscuros. «Un adicto a las drogas», pensé.

Iban a matarnos si no ocurría un milagro. Yo no lo ignoraba y Lee también lo sabía. Y los pistoleros lo sabían igualmente, seguros del poder de sus armas y de su crueldad.

Pensé mil proyectos descabellados en cuestión de minutos.

Ninguno servía para maldita la cosa.

Tal vez, si pudiera pisar el freno y sorprenderlos...

Dirigí una mirada a los pedales, al pie que presionaba con firmeza el acelerador... y allí estaba.

Me eché atrás, jadeando a duras penas, como si todo el fuego del infierno se hubiera introducido de pronto en mis pulmones ardiendo y destruyéndome cruelmente.

Allí estaba el zapato con una suela y un tacón desproporcionados... El zapato ortopédico que vi ante mis ojos cuando estuvo tendido sobre la hierba, en el bosque, mientras alguien hacía cosas espantosas con unas tenazas en el cuerpo de Dolly...

En realidad, no era un zapato excesivamente grotesco. La suela tendría a lo sumo una pulgada, y un poco más el tacón.

Era suficiente. Y de pronto supe que aquel hombre había de morir, y con él su compañero. Si fuera el tipo de las tenazas...

—No creí volverte a ver nunca más —dije, ladeando la cabeza.

El enarcó las cejas.

—¿Cuando me viste antes? —Gruñó.

—En el bosque..., llevabas unas mordazas en la mano, hijo de una cerda.

—¡Condenación!

El chofer chilló:

—¡Te advertí que había despertado..., por eso lo golpeé! Debimos liquidarlo entonces, como yo dije..., pero él tiene grandes ideas..., creyó que le cargarían el paquete. ¡Debimos apiolarlo allí mismo y nos habríamos ahorrado mucho trabajo!

—También te vi a ti... por lo menos, tu pata, puerco. Estabas junto a mí cuando recobré el conocimiento. Vi tu zapato deforme... ¡Ese zapato!

Al tiempo que le gritaba lancé mi pie sobre el suya. El acelerador se hundió hasta el fondo y el motor rugió brutalmente, al tiempo que el vehículo daba un salto adelante y un bandazo.

Casi en el mismo instante di vuelta a la llave de contacto y el motor se paró cuando andábamos lanzados a ochenta millas por lo menos.

Hubo una terrible sacudida. El pistolero que había a mis espaldas cayó sobre mí enarbolando la pistola. Manoteó en busca de

apoyo, mientras el cojo estrellaba su cara contra el volante.

Pude atenazar la mano que empuñaba la pistola. La sacudí furiosamente al tiempo que arrastraba al tipo hacia adelante, interponiéndolo entre el chofer y yo.

Sonó un estampido atronador dentro del coche. La bala abrió un gran boquete en el cuello del cojo, arrojándolo contra la ventanilla.

El pistolero luchaba como un gato panza arriba. Lee chillaba como una loca, hecha un ovillo sobre la alfombra de atrás. Por mi parte, todo lo que quería era conseguir que aquel diablo soltara la pistola.

La cosa no resultó fácil, pero al fin pude golpearle la muñeca contra la portezuela y la pistola cayó entre mis piernas.

Enloquecido, el pistolero se debatió sobre mí, golpeando, blasfemando como un diablo. La portezuela se abrió de pronto y él rodó de cabeza sobre el asfalto.

Busqué frenéticamente la pistola. El se levantó y echó a correr completamente loco carretera adelante antes que yo encontrara el arma, en medio del nerviosismo.

Abrí la portezuela del otro y arrojé el cadáver del cojo fuera del auto, ocupé su lugar y encendí el motor. Arranqué enseguida con un brutal empuje. Cambié de marcha y hundí el acelerador a fondo.

El fugitivo corría ciego a cuanto no fuera alejarse lo más posible. No corrió lo suficiente. No podía competir con un veloz vehículo lanzado a setenta millas por hora.

Hubo un espantoso topetazo cuando le cacé. Algo informe saltó ante el morro del coche, volvió a golpear una vez más, apresado en alguna parte, y luego desapareció.

Un estallido de manchas sucias, salpicaron el parabrisas casi ocultando la visión. Frené, jadeante, y detuve el carromato a un lado de la carretera.

Al volverme, me percaté de que la muchacha se había desmayado.

Salí del coche y la saqué a ella como pude. Después, cargándola sobre mi espalda, me alejé cuesta arriba, alejándome de la carretera y de lo que quedaba en ella.

En mi bolsillo, llevaba al fin la pistola del despedazado pistolero.

CAPÍTULO XI

Había anochecido cuando detuve el coche de Lee cerca de la extensión de césped verde, salpicado aquí y allá por blancas manchas.

A mi lado, la muchacha musitó:

—Tengo un miedo horrible, Donald... Todavía estamos a tiempo... avisa al teniente...

—No. Éste es un asunto personal, cariño. Quiero liquidarlo a mi modo.

—No puedes estar seguro de que vengan...

—Vendrán, no te quepa duda. Tienen que hacerlo esta noche. Además, creen que tú y yo estamos muertos a estas horas. Están seguros, tranquilos. Después de esta noche nada les inquietará.

La oscuridad cayó lentamente. Nuestro coche no se distinguía en nada entre los otros alineados a lo largo de la acera. Al otro lado de la avenida se alzaba el edificio de la firma de pompas fúnebres, cuyo rótulo luminoso parpadeaba como el anuncio de un *cabaret*.

Pasó un largo espacio de tiempo, quizá una hora. Después, unos faros se acercaron lentamente.

—¡Al suelo, pequeña!

Se agazapó sobre la alfombra. Me doblé sobre ella y aproveché para besarla largamente en los labios.

Estábamos besándonos cuando oímos deslizarse el coche cerca de la fila en que nos hallábamos. Lee jadeó:

—¿Crees que... que son ellos?

—Estoy seguro. Los demás coches que han pasado iban raudos, éste busca un lugar donde aparcar... No vive mucha gente por estos contornos.

Suspiró. Me arriesgué a levantar la cabeza y descubrí al otro coche maniobrando para aparcar. Lo consiguió y tres figuras

saltaron de él. Sin una vacilación se internaron por el cementerio, sorteando las lápidas, las flores y los montículos que lo convertían en un auténtico jardín.

—Allá van —anuncié en un susurro—. No te muevas de aquí, linda, y si oyes tiros corre a la cabina de teléfonos y llama al teniente. Pero sólo si se arma gresca. ¿Entiendes?

Asintió, incapaz de hablar. La besé rápidamente como despedida. Sus manos intentaron retenerme todavía, pero me apeé y cerré la portezuela en completo silencio.

—Te amo —dije a través de la ventanilla—. Cuando pase esta noche te lo repetiré y habrás de adoptar una determinación.

—Ya la adopté, amor mío.

—Buena chica.

La dejé y me hundí en la oscuridad del camposanto.

No necesité esforzarme mucho para encontrarles. Sus propias voces contenidas me guiaron durante el último trecho.

Dos estaban trabajando duramente para arrancar una lápida. Bajo ella, una tumba de mármol destacaba, pálida y blanca, contra el oscuro césped.

La tercera figura estaba de pie, tras los dos sudorosos pistoleros.

Les dejé que hicieran todo el trabajo. ¿Por qué no? Eso les causaría un gran placer sin la menor duda.

Utilizaron una larga palanca de hierro para mover la tapa de mármol esculpido del mausoleo, y a pesar de que al hacerla saltar a un lado produjo cierto estrépito, no parecieron inquietarse lo más mínimo.

—¿Enciendo la linterna? —preguntó la voz del charlatán que yo ya conocía.

—No, podrían ver el destello desde alguna parte. Tantea dentro. Debe haber una maleta.

También conocía aquella voz, por supuesto. Sentí un escalofrío en todos mis nervios.

—¿Quiere que meta la mano ahí dentro? —rezongó el parlanchín asesino.

—¿Qué temes, que te muerdan?

—Bueno, no, pero... ¡Oh, está bien, está bien!

Hubo unos instantes de silencio. Después, el tipo gruñó:

—¡Ya lo tengo! Es un maletín metálico sin duda...

—Sácalo, Perry.

El lo sacó. Su compañero de infortunios dijo, excitado:

—¡Una montaña de billetes en diamantes...!

La otra voz que yo conocía bien dijo con calma:

—Diez millones exactamente. El muy estúpido casi se salió con la suya cuando los ocultó..., si no hubiera sido por Dolly.

—¿Cómo vamos a partir todo esto? —graznó Perry, excitado.

—Ahora mismo, Perry, ahora mismo...

El tono letal de aquella voz debiera haberlos puesto en guardia, pero estaban tan entusiasmados que no veían más que el enorme botín.

Yo veía algo más. Me incorporé, pero demasiado tarde. La figura erguida no se movió, pero de su mano surgieron dos silenciosos lengüetazos de fuego y dos gritos rasgaron la noche. Dos cuerpos cayeron, casi abrazándose, sobre la tumba abierta.

La pistola silenciosa había hecho un buen trabajo.

Agazapado tras una lápida dije en voz alta:

—Es un delito penado por la ley profanar una tumba, primor.

—¡Maldito, tú!

Jamie se volvió como una víbora. Sólo que no me vio.

Inclinándose, se apoderó del maletín y retrocedió un paso.

—¡Quieta ahí, pequeña zorra! —dije—. Mi pistola no lleva silenciador y si disparo pondremos en pie media ciudad... Así que no te muevas.

Hubo un corto silencio. Ella jadeó:

—¿Cómo pudiste escapar?

—Maté a tus dos pistoleros..., los pistoleros de tu padrastro, hasta que tú los compraste.

—¿Y... y ella?

—¿Lee?

—Sí.

—Murió al estrellarse el coche.

Incluso a aquella distancia pude oír su largo suspiro de esperanzado alivio.

—Escucha, Donald...

—Mira, todo lo que quiero escuchar es tu revólver cayendo dentro de la tumba abierta. Después hablaremos de esos diamantes y de todo cuando se te ocurra.

—No seas bobo, querido. Hay diez millones de dólares en ese maletín, lo suficiente para que tú y yo seamos los amos del mundo.

—Si no sueltas tu pistola me obligarás a portarme como un rufián...

—¡Maldito seas! Estoy ofreciéndote la mitad de diez millones de dólares...

—No los quiero si los precede una bala, Jamie...

—Oh, maldito estúpido, está bien. Tú ganas.

Algo metálico pegó contra el mármol de la sepultura. Sonreí en la oscuridad y me levanté poco a poco, tenso como un cable.

—Ven aquí, tonto —susurró—. Tú y yo tenemos muchas cosas que hacer juntos... Una vez dijiste que había llamas en mis labios... Ven, querido... porque todavía arden.

Di dos pasos adelante y luego me arrojé de cabeza tras la tapa de mármol inclinada a un lado, en el instante que el chispazo de fuego brotaba de su mano... y no de sus labios precisamente.

—¡No seas loca, Jamie!

—¡No lo tendrás..., ni siquiera dispones de un arma o de lo contrario me habrías matado ya para apoderarte de los diez millones...!

—¡Suelta la pistola, Jamie, no me obligues a hacer algo que no quiero!

—¡Imbécil! ¿Crees que soy idiota como tú? ¡Vamos, ven a buscarme si tienes agallas...!

Se mostró abiertamente. Recogió el maletín con la mano izquierda y luego echó a andar hacia mí.

—¡No tienes armas, querido! —chilló igual que una loca—. No las tienes... eres un bravucón, nada más que un bravucón, pero tu carrera terminó esta noche.

—¡Detente, maldita seas!

No se paró. En lugar de eso disparó dos veces y las balas rebotaron en el mármol con lúgubres aullidos, muy cerca de mi cabeza.

Ella gritaba y me insultaba a medida que se acercaba. Bajé el revólver y apreté el gatillo antes que ella me volara la cabeza.

El estampido la detuvo en seco, tanto como el impacto de la bala que yo había dirigido a sus piernas.

Pero algo sucedía. Un extraño estertor brotó de sus labios y cayó

de bruces, gimiendo débilmente.

Corrí a su lado y la levanté. Sus manos engarfiadas se teñían de sangre, apretadas contra el estómago.

—¡Condenación! Te disparé a las piernas, Jamie... no quería matarte a pesar de todo...

—El maletín... desvió... la bala...

—¡Cielos!

—No importa, Donald... querido... querido bastardo...

—No hables. Buscaré un médico.

—Esto no tiene arreglo, Donald. Y aunque lo tuviera, no quiero que me corten el cabello y me coloquen ante un estúpido tribunal... No lo soportaría.

—Calla. Y no te muevas hasta que vuelva.

—¡No, Donald! No me dejes... esos diamantes...

—Olvídalos.

—No puedo... Siempre los ambicioné... desde que Dwight murió bajo... bajo las ruedas del coche... conducido por Dolly...

—De modo que fue así cómo sucedió...

—El... estaba loco por ella... traicionó a mi... padre...

—Lo sé. Comprendo todo lo que sucedió. Pero ahora deja que vaya en busca de un médico.

—¿Para qué? —Su voz se extinguía por momentos. Espasmos de dolor sacudían su cuerpo a intervalos—. Donald...

—Dime.

Mi voz sonó muy ronca.

—¿De veras... creíste que... que había fuego en mis... mis labios... al besarme...?

—Y sigo estando seguro de ello.

—Entonces... bésalos... ahora...

Lo hice suavemente, sólo rozándolos con los míos. Estaban ardiendo y de pronto se enfriaron y su cabeza cayó hacia atrás y todavía susurró:

—Fuiste... un tonto...

Murió y su hermoso cuerpo se relajó como si de pronto sus huesos se hubieran convertido en gelatina.

La dejé sobre el césped. Sólo cuando me levanté escuché el cercano aullido de una sirena.

Recordé de pronto a Lee y el encargo de que le hiciera. Ya era

demasiado tarde para evitar la alarma, de modo que tomé el maletín y me volví.

Lee estaba allí, rígida, mirándome.

—Donald... ella...

—Sí.

—Es monstruoso...

—¿Llamaste a la policía?

—Hablé con el teniente Chalice... están llegando, ¿no los oyes?

Asentí. De pronto, ella corrió hacia mí y se lanzó a mis brazos, sollozando, besándome, acariciándome en medio de un ataque de histeria.

Así nos encontró el teniente cuando llegó. Estuvo mirándonos un buen rato, gruñendo entre dientes, hasta que el sargento, a su lado, refunfuñó:

—Alguien debería decirles que eso no está bien en un cementerio, teniente. No es... bueno, decente.

—Dígaselo usted.

—¡Cuernos!

Esperaron hasta que aparté suavemente a Lee y acaricié sus mejillas húmedas de lágrimas.

—Todo terminó ya, pequeña. Vuelve al coche y espérame. Nos iremos de la ciudad tan pronto termine con el teniente...

—Sí, Donald... Te amo... No tardes...

—No.

Se fundió en la oscuridad, cruzándose con otros policías que llegaban en aquel momento.

Señalé el maletín y dije:

—Ahí lo tiñe, Chalice. Diez millones en pedruscos. Aquel tipo de que me habló, Dwight, lo ocultó instigado por Dolly, cuando entró al país procedente del extranjero. Fue un plan astuto de la chica... Lo aplastó bajo su coche y eso borró la pista a los ojos de los jerifaltes del crimen, que esperaban esa fortuna para salir de sus apuros económicos, creados por el riguroso control de los estupefacientes.

—¿Y ella?

Señaló el cuerpo laxo de Jamie.

—Demasiado ambiciosa... Lástima de muchacha.

—No tenía ninguna maldita necesidad de matarla, Mackenzie...

—Fue una desgracia... La bala dio contra el maletín y se hundió en su estómago... Créame que a pesar de todo lo lamento.

La cosa se prolongó durante una hora. Después, al fin, todo terminó.

Absolutamente todo.

Excepto Lee.

La encontré esperándome en el coche, ansiosa y llena de nerviosismo.

—¿Ya pasó? —dije.

—Sí, querido...

Me senté ante el volante y aparté el coche del bordillo. Ella quiso saber:

—¿Adónde vamos a estas horas, Donald?

—Al motel, naturalmente. ¿Olvidas que pagué una semana por anticipado? Un tipo como yo no puede desperdiciar ese dinero así como así.

Rió entre dientes.

—Pero puede despreciar diez millones de dólares. ¡Qué tipo! Ella te los ofreció, ¿no es cierto?

—No hablemos más de esto. Y no me distraigas ahora. Tengo mucha prisa por llegar.

Naturalmente, llegamos.

Fue la semana más corta de mi vida.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

